



Los
ATRIBUTOS
DE DIOS

ARTHUR W. PINK (1886-1952)

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Índice

Prefacio	3
Capítulo 1 La singularidad de Dios	4
Capítulo 2 Los decretos de Dios.....	9
Capítulo 3 El conocimiento de Dios.....	14
Capítulo 4 El previo conocimiento de Dios	19
Capítulo 5 La supremacía de Dios.....	25
Capítulo 6 La soberanía de Dios	29
Capítulo 7 La inmutabilidad de Dios.....	34
Capítulo 8 La santidad de Dios	39
Capítulo 9 El poder de Dios	45
Capítulo 10 La fidelidad de Dios.....	52
Capítulo 11 La bondad de Dios	58
Capítulo 12 La paciencia de Dios.....	62
Capítulo 13 La gracia de Dios	67
Capítulo 14 La misericordia de Dios.....	73
Capítulo 15 La tierna misericordia de Dios.....	78
Capítulo 16 El amor de Dios	82
Capítulo 17 El amor de Dios hacia nosotros	87
Capítulo 18 La ira de Dios.....	92
Capítulo 19 La contemplación de Dios	98

Arthur W. Pink (1886-1952) escribió y publicó estos capítulos como una serie de artículos en su revista mensual, *Estudios en la Escritura* (Studies in the Scriptures), desde 1929 a 1930. Por la gracia de Dios, Chapel Library ha vuelto a publicar estos *Estudios* en inglés comenzando con los del año 1932, disponibles para descargar en todo el mundo y por pedidos en América del Norte.

© Copyright 2020: Ernesto Rodríguez Cruz, traducción en español. Impreso en los Estados Unidos por Chapel Library con permiso. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación; 2) este aviso de copyright y todo el texto de esta página estén incluidos.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende completamente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero agradecidos, recibimos el apoyo de aquellos que desean dar libremente. Chapel Library no necesariamente está de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. En casos en que el significado de la Reina Valera 1960 difiere algo de la versión inglesa King James y no incluye todo el pensamiento original del autor, hemos usado la Reina Valera Gómez 2010, indicado por “RVG 2010” entre paréntesis.

En todo el mundo, descargue material sin cargo desde nuestro sitio web, o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En **Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo de siglos anteriores, comuníquese con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
(850) 438-6666 • fax (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Información del traductor

GLORIA DE JESUCRISTO

Ernesto Rodríguez Cruz
evangelio.a.toda.criatura@gmail.com • www.GloriaDeJesuscristo.com

Prefacio

“Vuelve ahora en amistad con él, y tendrás paz; Y por ello te vendrá bien.” (Job 22:21). “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme” (Jer 9:23-24). Un conocimiento espiritual y salvador de Dios es la mayor necesidad de toda criatura humana.

El fundamento de todo verdadero conocimiento de Dios debe ser una clara comprensión mental de Sus perfecciones como se revela en la Sagrada Escritura. No se puede confiar, ni servir, ni adorar a un Dios desconocido. En este libro se ha hecho un esfuerzo para exponer algunas de las principales perfecciones del carácter divino. Si el lector se va a beneficiar realmente de la lectura de las páginas que siguen, debe suplicar a Dios de manera definitiva y sincera que lo bendiga, que *aplique* Su verdad a la conciencia y al corazón, para que su vida se transforme de ese modo.

Necesitamos algo más que un conocimiento teórico de Dios. Solo Dios es verdaderamente *conocido* en el alma cuando nos entregamos a Él, nos sometemos a Su autoridad y regulamos todos los detalles de nuestras vidas por Sus santos preceptos y mandamientos. “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová [en el camino de la obediencia]” (Os 6:3). “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá” (Jn 7:17). “El pueblo que *conoce* a su Dios, se esforzará” (Dn 11:32).

—A.W. Pink, 1930

Capítulo 1

La singularidad de Dios

El título de este artículo posiblemente es lo insuficientemente explícito para indicar su tema. Esto se debe en parte al hecho de que hoy, muy pocos están acostumbrados a meditar en las perfecciones personales de Dios. Comparativamente, pocos de los que ocasionalmente leen la Biblia son conscientes de la formidable magnificencia y sed de adoración que inspira el carácter divino. Muchos suponen que Dios es grande en sabiduría, maravilloso en poder y lleno de misericordia, lo cual es un conocimiento casi común; pero, entretener cualquier cosa que se aproxime a una concepción adecuada de Su ser, Su naturaleza y Sus atributos, tal como se revelan en la Sagrada Escritura, es algo que muy, muy pocas personas han logrado en estos tiempos de depravación. Dios es singular (único) en Su excelencia. “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, Terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Ex 15:11).

Antes de todas las cosas

“En el principio creó Dios” (Gn 1:1). Hubo un tiempo, si se podía llamar “tiempo”, cuando Dios, en la unidad de Su naturaleza (aunque subsistía igualmente en tres personas divinas), vivía solo: “En el principio Dios.” No había cielo, donde Su gloria fuera particularmente manifiesta como lo es ahora. No había tierra para atraer Su atención. No había ángeles para cantar Sus alabanzas; ni ningún universo para ser sostenido por la palabra de Su poder. No había nada, ni nadie, excepto Dios; y *eso*, no por un día, ni por un año, ni por un siglo, sino “desde la eternidad”. Durante la eternidad pasada, Dios estaba solo: autónomo, autosuficiente, satisfecho de sí mismo; y sin necesidad de nada. Si hubiera un universo, si hubiera ángeles, si los seres humanos hubieran sido necesarios para Él de alguna manera, también habrían sido llamados a existir desde toda la eternidad. Básicamente, la creación de ellos cuando los hizo, no agregó

nada a Dios. Él no cambia (Mal 3:6), por lo tanto, Su gloria esencial no puede ser aumentada ni disminuida.

Su voluntad soberana

Dios no tenía restricciones, ni obligaciones, ni necesidad de crear. El hecho de que eligió hacerlo fue un acto puramente soberano de Su parte, que no fue causado por nada fuera de Sí mismo; determinado únicamente por Su propio y mero placer; porque Él “hace todas las cosas según el designio de Su voluntad” (Ef 1:11). Que Él haya creado, fue simplemente para hacer *manifiesta* Su gloria. ¿Acaso, algunos de nuestros lectores imaginan que hemos ido más allá de lo que las Escrituras justifican? Entonces nuestra apelación será a la Ley y al Testimonio: “Levantaos, bendecid a Jehová vuestro Dios desde la eternidad hasta la eternidad; y bendí-gase el nombre tuyo, glorioso y alto sobre toda bendición y alabanza” (Neh 9:5). A Dios no se le añade nada incluso con nuestra adoración. No necesitaba esa gloria externa de Su gracia que surge de Sus redimidos, porque Él es lo suficientemente glorioso en Sí mismo sin ella. ¿Qué fue lo que lo movió a predestinar a Sus elegidos para alabanza de la gloria de Su gracia? Fue, como nos dice Efesios 1:5, “según el puro afecto de su voluntad”.

Somos conscientes de que el terreno elevado que pisamos aquí es nuevo y extraño para casi todos nuestros lectores; por eso es bueno moverse lentamente. Que nuestra apelación sea nuevamente a las Escrituras. Al final de Romanos 11, donde el Apóstol pone fin a su larga discusión sobre la salvación por pura y soberana gracia, pregunta: “Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?” (vv.34-35). El énfasis de esto es que es imposible poner al Todopoderoso bajo obligaciones para con la criatura; Dios no gana nada de nosotros. “Si fueres justo, ¿qué le darás a él? ¿O qué recibirá de tu mano? Al hombre como tú dañará tu impiedad, Y al hijo de hombre aprovechará tu justicia” (Job 35:7-8), pero ciertamente no puede afectar a Dios, quien es bendito enteramente *en sí mismo*. “Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos” (Lc 17:10): nuestra obediencia no ha beneficiado a Dios en nada.

No, incluso, nuestro Señor Jesucristo no agregó nada a Dios en Su ser esencial y gloria, ya sea por lo que hizo o sufrió. Verdadero; bendita y gloriosamente verdadero es que Él *nos manifestó* la gloria de Dios, pero no añadió nada a Dios. Él mismo lo declara expresa-

mente, y Sus palabras no tienen discusión: “mi bien a ti no aprovecha” (Sal 16:2, RVG 2010). Todo este salmo es un salmo de Cristo. La bondad o justicia de Cristo alcanzó a Sus santos en la tierra (v.3), pero Dios estaba muy por encima y más allá de todo. Solo Dios es “el Bendito” (Mr 14:61, griego).

Es perfectamente cierto que Dios es honrado y deshonrado por los hombres; no en Su ser esencial, sino en Su carácter oficial. Es igualmente cierto que Dios ha sido “glorificado” por la creación, por la providencia y por la redención. Nosotros no discutimos esto, ni nos atrevemos a hacerlo ni siquiera por un instante. Pero todo esto tiene que ver con Su gloria manifiesta y Su reconocimiento por parte de nosotros. Sin embargo, Dios hubiera estado tan complacido que, podría haber seguido solo por toda la eternidad, *sin dar a conocer* Su gloria a las criaturas. Si debía hacerlo o no fue determinado únicamente por Su propia voluntad. Fue perfectamente bendecido en sí mismo antes de que la primera criatura fuera creada. ¿Y qué son todas las criaturas hechas por Sus manos comparadas con *Él*, incluso ahora? Dejemos que la Escritura nuevamente responda:

“He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?” (Is 40:18).

Ese es el Dios de la Escritura; Por desgracia, sigue siendo “EL DIOS *NO CONOCIDO*” (Hch 17:23) para las multitudes despreocupadas.

“Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar. Él convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana” (Is 40:23).

¡Cuán enormemente diferente es el Dios de las Escrituras del “dios” del púlpito promedio!

El testimonio del Nuevo Testamento tampoco es diferente al del Antiguo: ¡cómo podría serlo, pues sabemos que ambos tienen el mismo Autor! Allí también leemos: “la cual a su tiempo mostrará el

bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1Ti 6:15-16) Tal persona debe ser venerada y adorada. Él es singular en Su majestad, único en Su excelencia, incomparable en Sus perfecciones. Él lo sostiene todo, pero es independiente de todos. Él da a todos, pero de ninguno se enriquece.

Por medio de la revelación

Tal Dios no puede ser descubierto mediante investigación. Solo puede ser conocido cuando el Espíritu Santo lo revela al corazón a través de la Palabra. Es cierto que la creación demuestra que hay un Creador tan claramente que los hombres “no tienen excusa”; sin embargo, todavía tenemos que decir junto con Job: “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). Creemos que el llamado argumento del diseño de los “apologistas” bien intencionados ha hecho mucho más daño que bien, porque ha intentado poner a nuestra altura al gran Dios, a un nivel de comprensión finita, y por lo tanto ha perdido de vista Su excelencia singular.

Se ha elaborado una analogía entre un salvaje que encuentra un reloj sobre las arenas y, al examinarlo detenidamente, infiere que lo hizo un relojero. Hasta aquí todo bien. Pero intente ir más allá: suponga que el salvaje se sienta en la arena y se esfuerza por formarse una concepción de este relojero, sus afectos y modales personales; su disposición, sus habilidades y su carácter moral: todo lo que se necesita para formar una personalidad; ¿podría alguna vez pensar o razonar acerca de quién es este hombre real, *el* hombre que hizo el reloj, para poder decir: “Lo conozco?” Parece trivial hacer tales preguntas, pero ¿está el Dios eterno e infinito mucho más al alcance de la razón humana? ¡De hecho no! El Dios de la Escritura solo puede ser conocido por aquellos a quienes Él *se da a conocer*.

Tampoco Dios es conocido por el intelecto. Dios es Espíritu (Jn 4:24), y por lo tanto solo puede ser conocido espiritualmente. Pero el hombre caído no es espiritual; él es carnal. Está muerto para todo lo que es espiritual. A menos que nazca de nuevo, traído sobrenaturalmente de muerte a vida, trasladado milagrosamente de la oscuridad a la luz, ni siquiera puede ver las cosas de Dios (Jn 3:3) y

mucho menos aferrarse a ellas (1Cor 2:14). El Espíritu Santo tiene que brillar en nuestros corazones (y no en nuestros intelectos) para darnos “el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2Cor 4:6). E incluso ese conocimiento espiritual no es completo. El alma regenerada tiene que *crecer* en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesús (2P 3:18). La oración principal y el objetivo de los cristianos debe ser que andemos “como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col 1:10).

Capítulo 2

Los decretos de Dios

El decreto de Dios es Su propósito o determinación con respecto a las cosas futuras. Hemos usado el número singular como lo hacen las Escrituras (Rm 8:28; Ef 3:11), porque solo hubo un acto de Su mente infinita sobre las cosas futuras. Pero *hablamos* como si hubiera habido muchos, porque nuestras mentes solo son capaces de pensar en revoluciones *sucesivas*, a medida que surgen pensamientos y ocasiones, o en referencia a los diversos *objetivos* de Su decreto, los cuales siendo muchos, nos parecen requerir un propósito diferente cada uno. Pero una comprensión infinita no ocurre por pasos, de una etapa a otra pues: “Conocidas son a Dios *todas* Sus obras desde la eternidad” (Hch 15:18, RVG 2010).

Los decretos de Dios

Las Escrituras mencionan los decretos de Dios en muchos pasajes y bajo una variedad de términos. La palabra “decreto” se encuentra en el Salmo 2:7. En Efesios 3:11 leemos de Su “propósito eterno”. En Hechos 2:23 de Su “determinado consejo y presciencia [previo conocimiento]”. En Efesios 1:9 del “misterio de Su voluntad”. En Romanos 8:29 que Él “también los predestinó”. En Efesios 1:9 de “su beneplácito”. Los decretos de Dios se llaman Su “consejo” para indicar que son perfectamente sabios. Se les llama la “voluntad” de Dios para mostrar que Él no estaba bajo ningún control, sino que actuó de acuerdo con Su propio placer. Cuando la voluntad de un hombre es la regla de su conducta, generalmente es caprichosa e irrazonable; pero la *sabiduría* siempre está asociada con la “voluntad” en los procedimientos divinos, y en consecuencia, se dice que los decretos de Dios son “el designio de Su voluntad” (Ef 1:11).

Los decretos de Dios se relacionan con todas las cosas futuras sin excepción: cualquier cosa que se haga en determinado momento ya se preordinó antes de que comenzara el tiempo. El propósito de Dios se refería a todo, ya sea grande o pequeño, ya sea bueno o

malo, aunque con referencia a este último debemos tener cuidado de afirmar que si bien Dios es el que ordena y controla el pecado, Él *no* es el autor del pecado en el mismo sentido en que sí es el autor del bien. El pecado no podría proceder de un Dios santo por creación positiva y directa, sino solo por permiso decreciente y acción negativa. El decreto de Dios es tan completo como Su gobierno, que se extiende a todas las criaturas y todos los eventos. Su decreto se trata sobre nuestra vida y muerte; sobre nuestro estado en el tiempo y nuestro estado en la eternidad. Como Dios hace *todas* las cosas según el consejo de Su propia voluntad, aprendemos de Sus obras cuál es (y fue) Su consejo, ya que juzgamos el plano de un arquitecto al inspeccionar el edificio que se erigió bajo sus instrucciones.

Dios no simplemente decretó hacer al hombre, colocarlo sobre la tierra y luego dejarlo bajo su propia guía sin ningún control; en cambio, determinó todas las circunstancias para esta gran cantidad de individuos y también todos los detalles que comprenderán la historia de la raza humana desde su comienzo hasta su finalización. No solo decretó que se deberían establecer leyes generales para el gobierno del mundo, sino que estableció la *aplicación* de esas leyes a todos los casos particulares. Nuestros días están contados, y también los pelos de nuestras cabezas. Podemos aprender cuál es el *alcance* de los decretos divinos a partir de las dispensaciones de la providencia, en las cuales se ejecutan. El cuidado de la Providencia llega hasta las criaturas más insignificantes y los eventos más pequeños: la muerte de un gorrión y la caída de un cabello.

Propiedades de los decretos divinos.

Consideremos ahora algunas de las *propiedades* de los decretos divinos. En primer lugar, son *eternos*. Suponer que alguno de estos decretos se hizo en el tiempo es suponer que ha ocurrido una nueva ocasión, que ha surgido algún evento imprevisto o una combinación de circunstancias que ha inducido al Altísimo a formar una nueva resolución. Esto argumentaría que el conocimiento de la Deidad es limitado, y que Él se está volviendo más sabio en el progreso del tiempo, lo cual sería una blasfemia horrible. Ningún hombre que crea que la comprensión divina es infinita, que comprende el pasado, el presente y el futuro, aceptará jamás la doctrina errónea de los decretos temporales. Dios no ignora los eventos futuros que serán ejecutados por las voluntades humanas; Él los ha predicho en innumerables casos, y la profecía no es más que la *ma-*

nifestación de Su eterno previo conocimiento (presciencia). Las Escrituras afirman que los creyentes fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1:4), sí, que la gracia les fue “dada” a ellos desde entonces (2Ti 1:9).

En segundo lugar, los decretos de Dios son *sabios*. Su sabiduría se muestra en la selección de los mejores fines posibles y los medios más adecuados para lograr sus decretos. Que este carácter pertenece a los decretos de Dios es evidente por medio de lo que sabemos de estos. Se nos revelan a nosotros *por medio de su ejecución*, y cada prueba de sabiduría en las obras de Dios es una prueba de la sabiduría de su *plan*, de acuerdo con su realización. Como declaró el salmista: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría” (Sal 104:24). De hecho, es solo una pequeña parte de ellos lo que cae bajo nuestra observación, sin embargo, debemos proceder aquí como lo hacemos en otros casos, y juzgar el todo por la parte; es decir, juzgar lo que se desconoce por medio de lo que sí se conoce. A aquel que percibe el funcionamiento de las partes de una máquina que funcionan con admirable ingenio, después de haberla examinado, naturalmente es conducido a creer que las demás partes de esta máquina son igualmente admirables. De la misma manera, debemos satisfacer nuestras mentes en cuanto a las obras de Dios cuando las dudas se nos imponen, y repeler cualquier objeción que pueda ser sugerida por algo que no podemos conciliar con *nuestras* nociones de lo que es bueno y sabio. Cuando alcanzamos los límites de lo finito y miramos hacia el misterioso reino del infinito, exclamemos: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Rm 11:33).

En tercer lugar, son *libres*. “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” (Is 40:13-14). Dios estaba solo cuando hizo Sus decretos, y Sus determinaciones no fueron influenciadas por ninguna causa externa. Era libre de decretar o no decretar, y decretar una cosa y no otra. Esta libertad la debemos atribuir a Aquel que es Supremo, Independiente y Soberano en todos Sus actos.

En cuarto lugar, son *absolutos e incondicionales*. La ejecución de los mismos no se suspende bajo ninguna condición que pueda o no realizarse. En cada caso donde Dios ha decretado un fin, también ha decretado todos los medios para dicho fin. El que decretó la

salvación de Sus elegidos también decretó obrar fe en ellos (2Ts 2:13). “Mi consejo permanecerá, y haré *todo* lo que quiero” (Is 46:10); pero eso no podría ocurrir si Su consejo dependiera de una condición que no se pudiera cumplir. Pero Dios “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef 1:11).

La responsabilidad del hombre

Junto con la inmutabilidad e invencibilidad de los decretos de Dios, la Escritura enseña claramente que el hombre es una criatura responsable y que debe dar cuenta por sus acciones. Y si nuestros pensamientos se basan en la Palabra de Dios, el sostenimiento de un pensamiento no conducirá a la negación del otro. Admitimos que existe una verdadera dificultad para definir dónde termina uno y dónde comienza el otro. Este es siempre el caso donde hay una conjunción de lo divino y lo humano. La verdadera oración está indicada [dictada] por el Espíritu, pero también es el grito de un corazón humano. Las Escrituras son la Palabra inspirada de Dios, sin embargo, fueron escritas por hombres que eran algo más que máquinas en la mano del Espíritu. Cristo es a la vez Dios y hombre. Él es omnisciente, pero “crecía en sabiduría” (Lc 2:52). Él era Todopoderoso, pero fue “crucificado en debilidad” (2Co 13:4). Era el Príncipe de la vida, pero murió. Estos son grandes misterios, sin embargo, la fe los recibe incuestionablemente.

A menudo se ha señalado en el pasado que cada objeción hecha contra los decretos eternos de Dios se aplica con la misma fuerza contra Su eterno previo conocimiento.

Si Dios ha decretado todas las cosas que suceden o no suceden, todos los que admiten la existencia del ser de un Dios, admiten también que Él sabe todas las cosas de antemano. Ahora, es evidente que si Él sabe todas las cosas de antemano: o las aprueba, o no las aprueba; es decir, o está dispuesto a que sucedan, o no está dispuesto a que sucedan. Pero querer que sucedan es decretarlas (Jonathan Edwards).

Finalmente, intente, conmigo, asumir y luego contemplar lo contrario. *Negar* los decretos divinos sería predicar un mundo y todos sus asuntos regulados por el azar, *sin un plan*, o por destino ciego. Entonces, ¿qué paz, qué seguridad, qué consuelo habría para nuestros pobres corazones y mentes? ¿A qué refugio podríamos acudir en la hora de necesidad y prueba? Ninguno en absoluto. No

habría nada mejor que la negra oscuridad y el despreciable horror del ateísmo.

¡Oh, lector mío, cuán agradecidos deberíamos estar de que todo *esté* determinado por la infinita sabiduría y bondad! Qué alabanza y gratitud le debemos a Dios *por* Sus decretos divinos. Es por estos que “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rm 8:28). Bien podemos exclamar: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rm 11:36).

Capítulo 3

El conocimiento de Dios

La omnisciencia de Dios

Dios es omnisciente. Él conoce todo: todo lo posible, todo lo real; todos los eventos y todas las criaturas, del pasado, el presente y el futuro. Él está perfectamente familiarizado con cada detalle en la vida de cada ser en el cielo, en la tierra y en el infierno. “Él... conoce lo que está en tinieblas” (Dn 2:22). Nada escapa a Su atención, nada se le puede ocultar, nada se le olvida. Bien podemos decir con el salmista: “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; Alto es, no lo puedo comprender” (Sal 139:6). Su conocimiento es perfecto. Nunca se equivoca, nunca cambia, nunca pasa por alto nada. “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb 4:13). ¡Sí, tal es el Dios “a quien tenemos que dar cuenta”!

“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; Has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, Y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, Y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda” (Sal 139:2-4). ¡Qué maravilloso Ser es el Dios de las Escrituras! Cada uno de Sus gloriosos atributos debería hacerlo honorable en nuestra estima. El temor que inspira Su omnisciencia debe inclinarnos en adoración ante él. ¡Pero qué poco meditamos sobre esta perfección divina! ¿Es porque el solo pensarlo nos llena de inquietud?

¡Qué solemne es este hecho: que nada puede ser ocultado a Dios! “Y las cosas que suben a vuestro espíritu, yo las he entendido” (Ez 11:5). Aunque Él sea invisible para nosotros, nosotros no lo somos para Él. Ni la oscuridad de la noche, las cortinas más cerradas, ni la mazmorra más profunda pueden ocultar a los pecadores de los ojos de la Omnisciencia. Los árboles del jardín no pudieron ocultar a nuestros primeros padres. Ningún ojo humano vio a Caín asesinar a su hermano, pero su Creador fue testigo de su crimen. Sara podría reírse burlonamente en la reclusión de su tienda, pero

Jehová la oyó. Acán robó un lingote de oro y lo escondió cuidadosamente en la tierra, pero Dios lo sacó a la luz. David se esforzó mucho por ocultar su maldad, pero el Dios que todo lo ve, envió a uno de Sus siervos a decirle: “Tú eres ese hombre”. Y al escritor y lector también se le dice: “sabed que *vuestro* pecado os alcanzará” (Nm 32:23).

Los hombres despojarían a la Deidad de Su omnisciencia si pudieran, ¡qué prueba [tan evidente] de que “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Rm 8:7)! Los malvados odian naturalmente esta perfección divina tanto como están naturalmente obligados a reconocerla. Desean que no haya un Testigo de sus pecados, ni un Escudriñador de sus corazones, ni un Juez de sus obras. Buscan desterrar a un Dios tal de sus pensamientos: “Y no consideran en su corazón que tengo en memoria toda su maldad” (Os 7:2). ¡Cuán solemne es el Salmo 90:8! Buen motivo tiene para temblar ante Cristo todo aquel que le rechaza: “Pusiste nuestras maldades delante de ti, Nuestros yerros a la luz de tu rostro” (Sal 90:8).

Pero para el creyente, el hecho de la omnisciencia de Dios es una verdad cargada de mucho consuelo. En tiempos de perplejidad, dice junto con Job: “Mas *Él conoce* el mi camino” (Job 23:10). Puede ser profundamente misterioso para mí, bastante incomprensible para mis amigos, ¡pero “*Él conoce*” En tiempos de cansancio y debilidad, los creyentes se aseguran a sí mismos: “Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo” (Sal 103:14). En tiempos de duda y sospecha, recurren a este mismo atributo, diciendo: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal 139:23-24). En tiempos de triste fracaso, cuando nuestras acciones han desmentido nuestros corazones, cuando nuestros actos han repudiado nuestra devoción, y nos surge la pregunta escrutadora: “¿Me amas?”, Decimos, como Pedro, “Señor, tú lo *sabes todo*; tú *sabes* que te amo” (Jn 21:17).

Aquí encontramos ánimo para la oración. No hay motivo para temer que las peticiones de los justos no sean escuchadas, o que sus suspiros y lágrimas escapen a la atención de Dios, ya que *Él conoce* los pensamientos y las intenciones del corazón. No hay peligro de que algún santo individual sea pasado por alto en medio de la multitud de santos suplicantes que presentan diariamente y a cada hora sus diversas peticiones, ya que una *Mente infinita* es tan capaz de prestar la misma atención a millones como si solamente un indivi-

duo estuviese buscando su atención. Así también, la falta de un lenguaje apropiado, la incapacidad de expresar el anhelo más profundo del alma, no pondrá en peligro nuestras oraciones, porque “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (Is 65:24).

Pasado y futuro

“Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; Y su entendimiento es infinito” (Sal 147:5). Dios no solo sabe todo lo que ha sucedido en el pasado en cada parte de Sus vastos dominios, y no solo está completamente familiarizado con todo lo que ahora está ocurriendo en todo el universo, sino que también es perfectamente consciente de cada evento, desde el más mínimo hasta el mayor que haya ya sucedido o que sucederá en los siglos venideros. El conocimiento de Dios del futuro es tan completo como Su conocimiento del pasado y del presente, y eso, porque el futuro depende completamente de Dios mismo. Si fuera posible que algo ocurriera aparte de la agencia directa o el permiso de Dios, entonces ese algo sería independiente de Él, y Él dejaría de ser Supremo de inmediato.

Ahora, el conocimiento divino del futuro no es una mera abstracción, sino algo que está inseparablemente conectado y acompañado por el propósito de Dios. Dios mismo ha diseñado todo lo que será, y lo que ha diseñado *tiene* que ser llevado a cabo. Como afirma Su Palabra más segura, “Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn 4:35). Y de nuevo: “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; más el consejo de Jehová *permanecerá*” (Pr 19:21). Como la sabiduría y el poder de Dios son infinitos, la obtención de cualquier cosa que Él se haya propuesto está absolutamente garantizada. Es tan imposible que los consejos divinos fracasen en su ejecución, como la imposibilidad misma de que el Dios santo mienta tres veces.

Nada relacionado con el futuro es incierto en lo que respecta al cumplimiento de los consejos de Dios. Ninguno de Sus decretos queda subordinado ni a criaturas ni a causas secundarias. No hay un evento futuro que sea solo una mera posibilidad, es decir, algo que pueda suceder o no pues: “Conocidas son a Dios *todas* Sus obras desde la eternidad” (Hch 15:18, RVG 2010). Todo lo que Dios ha decretado es inexorablemente cierto, porque en Él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg 1:17). Por lo tanto, se nos dice

al comienzo de ese libro, el cual nos revela gran parte del futuro, acerca de “las cosas que *deben* suceder pronto” (Ap 1:1).

El perfecto conocimiento de Dios se ejemplifica e ilustra en cada profecía registrada en Su Palabra. En el Antiguo Testamento se encuentran decenas de predicciones sobre la historia de Israel que se cumplieron hasta el más mínimo detalle siglos después de que se hicieran. En estas predicciones también hay muchas más que anuncian el ministerio terrenal de Cristo, y estas también se cumplieron literal y perfectamente. Tales profecías solo podrían haber sido dadas por Aquel que conocía el fin desde el principio, y cuyo conocimiento se basaba en la certeza incondicional del cumplimiento de todo lo predicho. Del mismo modo, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen muchos otros anuncios aún futuros, y estos también *es necesario* que se cumplan (Lc 24:44); se dice que “era necesario” porque fueron predichos por Aquel que los decretó.

Sin embargo, debe señalarse que ni el conocimiento de Dios ni Su conocimiento del futuro, considerados simplemente en sí mismos, son causales. Nada ha sucedido, o sucederá, simplemente porque Dios lo sabía. La *causa* de todas las cosas es la *voluntad* de Dios. El hombre que realmente cree en las Escrituras, sabe de antemano que las estaciones continuarán ocurriendo sin fallar, y esto será hasta el final de los días de la tierra (Gn 8:22), sin embargo, su conocimiento no es la causa de que esto ocurra. De la misma manera, el conocimiento de Dios no surge de las cosas porque son o serán, sino porque Él ha *ordenado* que sean. Dios conoció y predijo la crucifixión de Su Hijo muchos cientos de años antes de que se encarnara, y esto, porque en el propósito divino, fue un Cordero inmolado desde la fundación del mundo: por lo tanto, leemos “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch 2:23).

Una o dos palabras a modo de aplicación. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de *asombro*. ¡Cuán exaltado sobre el hombre más sabio está el Señor! Ninguno de nosotros sabe lo que puede traer cada día, pero todo el futuro está abierto a Su mirada omnisciente. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de santo *temor*. Nada de lo que hacemos, decimos o pensamos, escapa al conocimiento de Aquel a quien tenemos que dar cuentas pues: “Los ojos de Jehová están en todo lugar, Mirando a los malos y a los buenos” (Pr 15:3). ¡Qué freno sería para nosotros si meditáramos

con más frecuencia! En lugar de actuar imprudentemente, deberíamos decir junto con Agar: “Tú eres Dios que ve” (Gn 16:13). El temor causado por el conocimiento infinito de Dios debería llenar al cristiano de *adoración*. Toda mi vida estuvo abierta a Su vista desde el principio. Él previó cada una de mis caídas, mis pecados, todos mis retrocesos; más, sin embargo, fijó Su corazón sobre mí. ¡Oh, cómo la realización de esto me debería asombrar y llevarme a adorar ante Él!

Capítulo 4

El previo conocimiento de Dios

¡Qué controversias se han engendrado por este tema en el pasado! Pero ¿qué verdad de la Sagrada Escritura hay que no haya sido ocasionada por batallas teológicas y eclesiásticas? La deidad de Cristo, Su nacimiento virginal, Su muerte expiatoria, Su segundo advenimiento; la justificación, la santificación, la seguridad del creyente; la iglesia, su organización, sus oficiales, la disciplina; el bautismo, la cena del Señor y muchas otras verdades preciosas que se puedan mencionar. Sin embargo, las controversias que se han librado sobre ellos no cerraron la boca de los fieles servidores de Dios; ¿por qué, entonces, deberíamos evitar la inquietante pregunta acerca del previo conocimiento de Dios, porque, por cierto, hay algunos que nos acusarán de fomentar la lucha? Dejemos que otros disputen si lo desean, nuestro deber es dar testimonio de acuerdo con la luz que nos fue dada.

Error disipado

Hay dos cosas relacionadas con el previo conocimiento de Dios acerca de las cuales muchos ignoran: el *significado* del término y su *alcance bíblico*. Debido a que esta ignorancia está tan extendida, es fácil para los predicadores y maestros introducir perversiones acerca este tema, incluso cuando lo hacen en perjuicio del pueblo de Dios. Solo hay una salvaguarda contra el error, y es establecerla en la fe; y para eso, debe haber un estudio diligente y en oración; y recibir con mansedumbre la Palabra de Dios implantada. Solo entonces nos fortalecemos contra los ataques de quienes nos atacan. Hay quienes hoy están haciendo *mal uso de esta verdad para desacreditar y negar la soberanía absoluta de Dios en la salvación de los pecadores*. Así como los mayores críticos están repudiando la inspiración divina de las Escrituras, y los evolucionistas, la obra de Dios en la creación; así también algunos pseudo maestros de la Biblia están pervirtiendo Su previo conocimiento para rechazar Su elección incondicional para vida eterna.

Cuando se expone el solemne y bendito tema de la preordinación divina, cuando se expone la elección eterna de Dios de ciertas personas que se conformarán a la imagen de Su Hijo, el enemigo envía a algún hombre para argumentar que la elección se basa en el previo conocimiento de Dios, y este previo conocimiento se interpreta como que Dios previó que algunos serían más flexibles que otros, que responderían más fácilmente a los esfuerzos del Espíritu, y que debido a que Dios sabía que creerían, Él *los* predestinó para salvación. Pero tal afirmación es radicalmente incorrecta. Pues repudia la verdad de la depravación total, porque argumenta que hay algo bueno en algunos hombres. Quita la independencia de Dios, porque hace que Sus decretos *descansen sobre* lo que descubre en la criatura. Cambia completamente las cosas, porque al decir que Dios previó que ciertos pecadores creerían en Cristo, y que debido a esto, los predestinó para salvación, es todo lo contrario de la verdad. Las Escrituras afirman que Dios, en Su alta soberanía, seleccionó a algunos para que recibieran Sus favores distintivos (Hch 13:48), y, por lo tanto, decidió otorgarles el don de la fe. La falsa teología hace que el previo conocimiento de Dios acerca de nuestra fe sea la *causa* de Su elección para salvarnos; mientras que en realidad, la elección de Dios es la causa, y nuestra fe en Cristo es el *efecto*.

La verdad proclamada

Antes de continuar con nuestra discusión sobre este tema tan incomprendido, detengámonos y definamos nuestros términos. ¿Qué se entiende por “previo conocimiento”? “Saber de antemano”, es la respuesta inmediata de muchos. Pero no debemos sacar conclusiones precipitadas, ni debemos recurrir al diccionario Webster como último tribunal de apelación, ya que no se trata de la etimología del término empleado. Lo que se necesita es descubrir cómo *se usa* la palabra en las Escrituras. El uso que el Espíritu Santo de una expresión siempre define su significado y alcance. Es la falta de aplicación de esta regla simple que es responsable de tanta confusión y error. Muchas personas suponen que ya conocen el significado de cierta palabra usada en las Escrituras, y luego son demasiado vagos para *demonstrar* sus suposiciones por medio de una concordancia. Ampliemos sobre este punto.

Tome la palabra “carne”. Su significado parece ser tan obvio que muchos lo considerarían una pérdida de tiempo buscar sus diversas conexiones en las Escrituras. Se supone apresuradamente que la

palabra es sinónimo del cuerpo físico, por lo que no se realiza ninguna investigación. Pero, de hecho, “carne” en la Escritura con frecuencia incluye mucho más de lo que es corpóreo; todo lo que abarca el término solo puede determinarse mediante una comparación diligente de cada aparición del mismo y mediante un estudio de *cada* contexto por separado. Tome la palabra “mundo”. El lector promedio de la Biblia imagina que esta palabra es el equivalente para la raza humana y, en consecuencia, muchos pasajes donde se encuentra el término se interpretan erróneamente. Tome la palabra “inmortalidad” ¡Seguramente *esta* no requiere estudio! Obviamente tiene referencia a la indestructibilidad del alma. Ah, mi lector, es una tontería y un error asumir algo con respecto a la Palabra de Dios. Si el lector se toma la molestia de examinar cuidadosamente cada pasaje donde se encuentran “mortal” e “inmortal”, se verá que estas palabras nunca se aplican al alma, sino siempre al cuerpo.

Ahora, lo que se ha dicho sobre la “carne”, el “mundo”, la “inmortalidad”, se aplica con igual fuerza a los términos “conocer” y “preconocer”. En lugar de imaginar que estas palabras no significan más de lo que ya sabemos, los diferentes pasajes en los que se presentan deben sopesarse cuidadosamente. La palabra presciencia o “previo conocimiento” no se encuentra en el Antiguo Testamento. Pero “conocer” ocurre allí con frecuencia. Cuando ese término se usa en conexión con Dios, a menudo significa *mirar con favor*, denotando no solo la cognición, sino un *afecto* por el objeto observado. “Te he *conocido* por tu nombre” (Éx 33:17). “Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os *conozco*” (Dt 9:24). “Antes que te formase en el vientre te *conoci*” (Jer 1:5). “constituyeron príncipes, más yo no” los *conocí* (Os 8:4). “A vosotros solamente *he conocido* de todas las familias de la tierra” (Am 3:2). En estos pasajes “conocido” significa *amado o designado*.

De la misma manera, la palabra “conocer” se usa con frecuencia en el Nuevo Testamento, en el mismo sentido que en el Antiguo Testamento. “Y entonces les declararé: *Nunca os conocí*” (Mt 7:23). “Yo soy el buen pastor; y *conozco* mis ovejas, y las mías me *conocen*” (Jn 10:14). “Pero si alguno ama a Dios, es *conocido* por Él” (1Co 8:3). “*Conoce* el Señor a los que son suyos” (2Ti 2:19).

El previo conocimiento definido

Ahora, el término “previo conocimiento” tal como se usa en el Nuevo Testamento es menos ambiguo que en su forma simple “conocer” Si cada pasaje en el que ocurre se estudia cuidadosamente,

se descubrirá que es un punto discutible si alguna vez hiciera referencia a la mera percepción de los eventos que ocurrirán. El hecho es que el “previo conocimiento” *nunca* se usa en las Escrituras con relación a eventos o acciones; en cambio, siempre hace referencia a *personas*. Se dice que Dios “previamente conoce”, pero no las acciones de esas personas. Como prueba de esto, citaremos ahora cada pasaje donde se encuentra esta expresión.

La primera ocurrencia está en Hechos 2:23. Allí leemos, “A Éste, entregado por determinado consejo y presciencia [previo conocimiento] de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole”. Si se presta especial atención a la redacción de este versículo, se verá que el Apóstol no estaba allí hablando del previo conocimiento de Dios acerca del *acto* de la crucifixión, sino de la *Persona* crucificada: “A Éste [Cristo], entregado por...”

La segunda ocurrencia es en Romanos 8:29-30. “Porque a *los* que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a *los* que predestinó, a éstos también llamó”. Fíjese bien en el pronombre que se usa aquí. No se trata de *aquello* que previamente conoció, sino a *quién* previamente conoció. No se trata de la rendición de las voluntades de estas personas, ni de la fe de sus corazones, sino de las *personas* mismas, de las cuales se habla.

“No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Rm 11:2). Una vez más, la clara referencia es a las personas, y solo a las personas.

La última mención se encuentra en 1 Pedro 1:2: “elegidos según la presciencia” [previo conocimiento] “de Dios Padre”. ¿*Quiénes* son “elegidos según la presciencia” [previo conocimiento] “de Dios Padre”? El versículo anterior nos dice: la referencia es a los “expatriados esparcidos”, es decir, la diáspora, la dispersión, los judíos creyentes. Por lo tanto, aquí también la referencia es a las personas, y no a sus actos previstos.

Ahora, en vista de estos pasajes (que son los únicos), *qué base bíblica* hay para que alguien diga que Dios “conoció” los *actos* de ciertas personas, es decir, su “arrepentimiento y fe”, y que debido a esos actos los eligió para salvación? La respuesta es: absolutamente ninguna. Las Escrituras *nunca* hablan del arrepentimiento y la fe como previstas o conocidas por Dios. Verdaderamente, Él sabía desde toda la eternidad que algunos se arrepentirían y creerían, sin

embargo, esto no es lo que las Escrituras llaman el *objetivo* del previo conocimiento de Dios. La palabra se refiere uniformemente a Dios conociendo a *personas*; entonces retengamos “la forma de las sanas palabras” (2Ti 1:13).

Otra cosa a la que deseamos llamar especial atención es que los dos primeros pasajes citados anteriormente muestran claramente y enseñan implícitamente que el previo conocimiento de Dios *no es el causante de los hechos*, sino que hay algo más que se encuentra detrás, que lo precede, y que ese algo es Su propio decreto *soberano*. Cristo fue “entregado por el [1] determinado consejo y [2] anticipado conocimiento” [presciencia] “de Dios” (Hch 2:23). Su consejo o decreto fue la base de Su previo conocimiento. Y nuevamente en Romanos 8:29. Ese versículo se abre con la palabra “porque”, que nos dice que miremos hacia atrás a lo que precede inmediatamente. Entonces, ¿qué dice el versículo anterior? Esto: “Todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rm 8:28) Por lo tanto, el previo conocimiento de Dios *se basa en* Su “propósito” o decreto (ver Sal 2:7).

Dios previamente conoce *lo que será* porque Él ha decretado lo que *debe suceder*. Por lo tanto, es una inversión del orden de las Escrituras, es poner el carro delante del caballo para afirmar que Dios elige porque previamente conoce a las personas. La verdad es que lo sabe porque Él ha elegido. Esto elimina la base o la causa de la elección como algo que depende de la criatura, y la coloca en la voluntad soberana de Dios. Dios se propuso en Sí mismo elegir a ciertas personas, no por algo bueno en ellas o proveniente de ellas, ya sea real o previsto, sino únicamente por Su propio mero placer. En cuanto a: *por qué* eligió a los que eligió, no lo sabemos, y solo podemos decir: “Sí, Padre, porque así agradó a *tus* ojos” (Mt 11:26, RVG 2010). La clara verdad en Romanos 8:29 es que Dios, antes de la fundación del mundo, eligió a ciertos pecadores y los designó para salvación (2Ts 2:13). Esto queda claro a partir de las palabras finales del versículo: “los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de Su Hijo”. Dios no predestinó a aquellos a quienes antes conoció que *fueron* “conformes”, sino, por el contrario, a aquellos a quienes “conoció” (es decir, amó y eligió) a estos predestinó “para *ser* hechos conformes”. Su conformidad con Cristo no es la causa, sino el efecto del previo conocimiento y la predestinación de Dios.

Dios no eligió a ningún pecador porque previó que creería, por la sencilla pero suficiente razón de que *ningún* pecador cree hasta que Dios le da la fe; tal como nadie ve hasta que Dios le da la vista. La vista es el regalo de Dios, ver es la consecuencia de que yo use Su regalo. Entonces la fe es el regalo (el don) de Dios (Ef 2:8-9), creer es la consecuencia de que yo use Su regalo (el don). Si fuera cierto que Dios había elegido a algunos para ser salvos *porque* a su debido tiempo creerían, entonces eso haría que creer fuese un acto *meritorio*, y en ese caso el pecador que fuere salvo *tendría* motivos para “jactarse”, lo cual la Escritura niega enfáticamente (Ef 2:9).

Seguramente la Palabra de Dios es suficientemente clara al enseñar que creer *no* es un acto meritorio. Afirma que los cristianos son aquellos que *por la gracia* han creído (Hch 18:27). Si, entonces, han creído “por gracia”, no hay absolutamente nada meritorio en “creer”, y si no hay nada meritorio en creer, esto no podría ser el motivo o la causa que llevó a Dios a elegirlos. No; La elección de Dios no proviene de nada en *nosotros*, ni de nada de nosotros, sino únicamente de Su propio placer soberano. Una vez más, en Romanos 11:5, leemos acerca de “un remanente escogido según la elección de gracia” (Rm 11:5, RVG 2010). Ahí está, bastante claro; la elección en sí misma es *por gracia*, y la gracia es un favor *inmerecido*, algo que no podíamos exigirle a Dios en lo absoluto.

Por lo tanto, parece que es muy importante para nosotros tener una visión clara y espiritual del previo conocimiento de Dios. Las concepciones erróneas al respecto conducen inevitablemente a pensamientos que lo deshonran más. La idea popular del previo conocimiento divino es totalmente inadecuada. Dios no solo conocía el final desde el principio, sino que también planeó, fijó y predestinó todo desde el principio. Y, como la causa siempre ocurre, el propósito de Dios es el fundamento de Su previo conocimiento. Si el lector es un verdadero cristiano, lo es porque Dios lo escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1:4), y te escogió no porque previó que *creerías*, sino que te eligió simplemente porque le plació elegirte; te eligió a pesar de tu incredulidad natural. Siendo esto así, *toda* la gloria y alabanza le pertenece solo a Él. No tienes fundamento para atribuirte *ningún* crédito. *Por gracia* has creído (Hch 18:27), y eso, porque tu elección fue de gracia (Rm 11:5).

Capítulo 5

La supremacía de Dios

La mayoría no la conoce.

En una de sus cartas a Erasmo, Lutero dijo: “tus pensamientos sobre Dios son demasiado humanos”. Probablemente ese renombrado erudito se ofendió por tal reprensión, y aún más porque procedía del hijo de un minero; sin embargo, fue completamente merecido. Nosotros también, aunque no tenemos ninguna parte entre los líderes religiosos de esta época degenerada, presentamos el mismo cargo contra la mayoría de los predicadores de nuestros días y contra aquellos que, en lugar de escudriñar las Escrituras por sí mismos, aceptan perezosamente la enseñanza de los demás. Las concepciones más deshonrosas y degradantes del gobierno y el reinado del Todopoderoso se encuentran ahora en casi todas partes. Para millares de personas, incluso entre aquellos que profesan ser cristianos, el Dios de las Escrituras es bastante desconocido.

En la antigüedad, Dios se quejó ante un Israel apóstata: “piensas que de cierto sería yo como tú” (Sal 50:21). Tal debe ser ahora Su acusación contra una cristiandad apóstata. Los hombres imaginan que el Altísimo es movido por el sentimiento, más que por un principio. Suponen que Su omnipotencia es una ficción insignificante y que Satanás frustra sus designios por todas partes. Piensan que si Dios ha formado algún plan o propósito, entonces debe ser como el de ellos, constantemente sujeto a cambios. Declaran abiertamente que cualquier poder que Él posea debe ser restringido, para que no invada las fronteras del “libre albedrío” del hombre y lo reduzca a una “máquina”. Degradan la expiación eficaz, la cual realmente ha redimido a todos aquellos para quienes fue hecha, a una “medicina”, que las almas enfermas de pecado pueden usar si se sienten dispuestas a hacerlo; y falsifican la obra invencible del Espíritu Santo convirtiéndola en una “oferta” del Evangelio que los pecadores pueden aceptar o rechazar a su antojo.

El “dios” de este siglo XX se parece más a la tenue llama de una vela frente a la gloria del Sol del mediodía, que al Soberano Supre-

mo de las Sagradas Escrituras. El “dios” del que ahora se habla en el púlpito promedio, mencionado en la Escuela Dominical ordinaria, mencionado en gran parte de la literatura religiosa de la época, y predicado en la mayoría de las llamadas Conferencias Bíblicas, es un dios producto de la imaginación humana, una invención del sentimentalismo exagerado. Los ídólatras fuera de la cristiandad forman “dioses” de madera y piedra, mientras que los millones de ídólatras dentro de la cristiandad fabrican un “dios” de su propia mente carnal. En realidad, no son más que ateos, porque no hay otra alternativa posible entre un Dios absolutamente supremo y ningún Dios en absoluto. Un “dios” cuya voluntad es resistida, cuyos diseños son frustrados, cuyo propósito es controlado, no posee ningún derecho a la Deidad, y lejos de ser un objeto digno de adoración, no merece más que desprecio.

Rey de reyes y Señor de señores

La supremacía del Dios verdadero y vivo bien podría argumentarse desde la distancia infinita que separa a las criaturas más poderosas del Creador todopoderoso. Él es el Alfarero y ellos no son más que el barro en Sus manos, para ser moldeados como vasos de honra, o para ser quebrantados en pedazos, según como a Él le plazca (Sal 2:9). Si todos los habitantes del cielo y todos los habitantes de la tierra se unieran para rebelarse contra Él, no le ocasionaría ninguna inquietud y tendría menos efecto sobre Su Trono eterno e inexpugnable que el rocío de las olas del Mediterráneo sobre las majestuosas rocas de Gibraltar. Así de vana e impotente es la criatura para afectar al Altísimo. La Escritura misma nos dice que cuando los jefes gentiles se unan con el Israel apóstata para desafiar a Jehová y a Su Cristo, “El que mora en los cielos se *reirá*” (Sal 2:4).

La supremacía absoluta y universal de Dios se afirma clara y positivamente en muchas partes de las Escrituras. “Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres exaltado por cabeza sobre todos... y tú reinas sobre todo” (1Cr 29:11-12, RVG 2010); nótese que dice “tú reinas” que significa que ahora ya está reinando y no que reinará en “el milenio”. “Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?” (2Cr 20:6). Ante Él, los presidentes y papas, reyes y emperadores, son menos que saltamontes.

“Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e *hizo*” (Job 23:13). Ah, mi lector, el Dios de las Escrituras no es un monarca irreal, no es un mero soberano imaginario, sino Rey de reyes y Señor de señores. “Yo conozco que todo lo puedes, Y que *no* hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2), es decir, “ningún pensamiento tuyo puede ser obstaculizado”; o, como lo ha traducido otro, “ningún propósito tuyo puede ser frustrado”. Todo lo que Él ha designado lo hace. Todo lo que ha decretado lo realiza. “Nuestro Dios está en los cielos; *Todo* lo que quiso ha hecho” (Sal 115:3); y ¿por qué lo ha hecho? Porque “No hay sabiduría, ni inteligencia, Ni consejo, contra Jehová” (Pr 21:30).

Todo lo que quiso Jehová

La supremacía de Dios sobre las obras de Sus manos está vívidamente representada en las Escrituras. La materia inanimada, las criaturas irracionales, todas realizan las órdenes de su Creador. Porque Dios quiso, el Mar Rojo se dividió y sus aguas se levantaron como muros (Éx 14); la tierra abrió su boca, y los rebeldes culpables descendieron vivos al abismo (Nm 16). Cuando así lo ordenó, el sol se detuvo (Jos 10); y en otra ocasión el sol *retrocedió* diez grados atrás en el reloj de Acaz (Is 38:8). Para manifestar Su supremacía, hizo que los cuervos llevaran comida a Elías (1Re 17), e hizo nadar el hierro sobre las aguas (2Re 6:6), los leones fueron domados cuando Daniel fue echado en el foso, e impidió que el fuego quemara a los tres hebreos que fueron arrojados a sus llamas. Así, “Todo lo que Jehová quiere, lo hace, En los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal 135:6).

La supremacía de Dios también se demuestra en Su perfecto gobierno sobre las *voluntades* de los hombres. Exhorto al lector a reflexionar detenidamente sobre Éxodo 34:24. Tres veces al año, todos los varones de Israel debían abandonar sus hogares y subir a Jerusalén. Vivían en medio de personas hostiles, que los odiaban por haberse apropiado de sus tierras. Entonces, ¿qué iba a impedir que los cananeos aprovecharan su oportunidad y, en ausencia de los hombres, mataran a las mujeres y los niños y tomaran posesión de sus granjas? Si la mano del Todopoderoso no estuviese sobre las voluntades, incluso de los hombres malvados, ¿cómo podría Dios hacer esta promesa de antemano garantizándoles que nadie ni siquiera “codiciaría” sus tierras? Ah, “Como los repartimientos de las aguas, Así está el corazón del rey en la mano de Jehová; A todo lo que quiere lo inclina” (Pr 21:1).

Pero, puede objetarse, ¿no leemos una y otra vez en las Escrituras cómo los hombres desafiaron a Dios, resistieron Su voluntad, rompieron Sus mandamientos, ignoraron Sus advertencias e hicieron oídos sordos a todas Sus exhortaciones? Ciertamente lo hacemos. ¿Y esto anula todo lo que hemos dicho anteriormente? Si lo hace, entonces la Biblia se contradice a sí misma. Pero eso no puede ser. A lo que se refiere el objetor es simplemente a la maldad del hombre contra la Palabra *externa* de Dios, mientras que lo que hemos mencionado anteriormente es lo que Dios se ha *propuesto en sí mismo*. La regla de conducta que nos ha dado para que obedezcamos, ninguno de nosotros la cumple perfectamente; Sus propios “consejos” eternos se llevan a cabo hasta el más mínimo detalle.

La supremacía absoluta y universal de Dios se afirma con igual claridad y positivamente en el Nuevo Testamento. Allí se nos dice que Dios “hace *todas* las cosas según el designio de su voluntad” (Ef 1:11); la palabra griega para “hace” significa “trabajar eficazmente”. “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rm 11:36) ¡Los hombres pueden jactarse de que son agentes libres, con voluntad propia, y tienen la libertad de hacer lo que quieran, pero las Escrituras les dicen a aquellos que se jactan: “iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos... En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere” (Stg 4:13,15)!

Aquí, entonces, hay un lugar seguro de descanso para el corazón. Nuestras vidas no son producto del destino ciego ni el resultado de un accidente caprichoso, sino que cada detalle de nuestras vidas fue ordenado desde la eternidad, y ahora están ordenadas por el Dios que vive y reina. Nadie puede tocar un cabello de nuestras cabezas sin Su permiso. “El corazón del hombre piensa su camino; Mas Jehová endereza sus pasos” (Pr 16:9). *¡Qué seguridad, qué fortaleza, qué consuelo debería darle al verdadero cristiano!* “En tu mano están mis tiempos” (Sal 31:15). Entonces: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él” (Sal 37:7).

Capítulo 6

La soberanía de Dios

La soberanía de Dios definida

La soberanía de Dios puede definirse como el ejercicio de Su supremacía (vea el capítulo anterior). Siendo infinitamente elevado por encima de la criatura más elevada, Él es el Altísimo, el Señor del cielo y de la tierra. No está sujeto a nadie, ni influenciado por nadie, pues es absolutamente independiente; Dios hace lo que le plazca, y como le plazca, sí, siempre lo hace como le plazca. Nadie puede frustrarlo, nadie puede obstaculizarlo. De modo que Su propia Palabra declara expresamente: “Mi consejo permanecerá, y *haré* todo lo que quiero” (Is 46:10); “él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano” (Dn 4:35). La soberanía divina significa que Dios es Dios tanto de hecho como de nombre, que está en el trono del universo, dirigiendo todas las cosas, haciendo todas las cosas “según el designio de Su voluntad” (Ef 1:11).

Con razón, el difunto Charles Haddon Spurgeon dijo en su sermón sobre Mateo 20:15:

No hay atributo más reconfortante para Sus hijos que el de la soberanía de Dios. En las circunstancias más adversas, en los juicios más severos, creen que la soberanía ha ordenado sus aflicciones, que la soberanía las anula y que la soberanía los santificará a todos. No hay nada por lo que los niños deberían luchar más fervientemente que por la doctrina de su Maestro sobre toda la creación, es decir: el reinado de Dios sobre todas las obras de Sus propias manos, el trono de Dios y Su derecho a sentarse en Su trono.

Por otro lado, no existe una doctrina más odiada por los mundanos, ni una verdad tan pisoteada, como la gran, estúpida y verdadera doctrina de la soberanía del infinito Jehová. Los hombres permitirán que Dios esté en todas partes excepto en Su trono. Le permitirán estar en Su taller para crear mundos y hacer estrellas. Le permitirán dispen-

sar Sus limosnas y otorgar Sus favores. Le permitirán sostener la tierra y sostener sus pilares, o encender las lámparas del cielo, o gobernar las olas del océano siempre en movimiento; pero cuando Dios asciende a Su trono, Sus criaturas rechinan los dientes.

Sin embargo, nosotros proclamamos un Dios entronizado, y Su derecho a hacer lo que le plazca con lo que es suyo, a disponer de Sus criaturas como a Él bien le parezca, y sin pedirles permiso; entonces somos criticados y condenados por aquellos hombres que hacen oídos sordos de nuestras palabras, y esto ocurre porque el Dios que está sentado en Su trono no es el Dios al que ellos aman. Pero es a Dios que está sentado en su trono al que nos encanta predicar. Es en el Dios que está sentado en Su trono en quien confiamos.

“Todo lo que Jehová quiere, lo hace, En los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal 135:6). Sí, querido lector, tal es el Potentado imperial revelado en la Sagrada Escritura. Inigualable en majestad, ilimitado en poder, no afectado por nada fuera de sí mismo. Pero estamos viviendo en un día en que incluso los más “ortodoxos” parecen tener miedo de admitir la verdadera Divinidad de Dios. Dicen que admitir la soberanía de Dios sería excluir la responsabilidad humana; cuando en realidad es la responsabilidad humana la que se basa en la soberanía divina y es el producto de ella.

Responsabilidad humana y soberanía divina

“Nuestro Dios está en los cielos; Todo lo que *quiso* ha hecho” (Sal 115:3). Él eligió *soberanamente* colocar a cada una de Sus criaturas sobre esa base específica que pareció bien a Sus ojos. Creó ángeles: algunos los colocó sobre una base condicional, a otros les dio una posición inmutable delante de Él (1Ti 5:21), haciendo de Cristo Su cabeza (Col 2:10). No se pase por alto que los ángeles que pecaron (2P 2:4), fueron también creados por Dios, tal como los ángeles que no pecaron. Y aunque Dios conoció de antemano que *caerían*, sin embargo, los colocó en una situación mutable, condicional y los hizo caer, sin embargo, Dios no fue el autor del pecado de ellos.

Así también, Dios *soberanamente* colocó a Adán en el jardín del Edén en una situación *condicional*. Si le hubiera placido, podría haberlo colocado en una situación incondicional. Podría haberlo

puesto en una situación tan firme como la ocupada por los ángeles no caídos. Podría haberlo puesto en una situación tan segura e inmutable como la que tienen Sus santos en Cristo. Pero, en cambio, eligió ubicarlo en el Edén en la situación de la responsabilidad de la criatura, de modo que se puso de pie o cayó de acuerdo a la medida de su propia responsabilidad, la cual era: la obediencia a su Hacedor. Adán fue responsable ante Dios por la ley que su Creador le había dado. Aquí había responsabilidad, responsabilidad íntegra, probada bajo las condiciones más favorables.

Ahora, Dios no colocó a Adán en una situación de responsabilidad condicional de criatura porque era correcto y por tanto Dios se *veía obligado* a ponerlo en esta situación. No, sino que fue correcto porque Dios lo hizo. Dios ni siquiera les dio el ser a las criaturas porque fuese correcto que lo hiciera, es decir, porque tenía la obligación *de crear*; sino que fue correcto porque fue Dios quien lo hizo. Dios es soberano Su voluntad es suprema. Lejos de que Dios esté bajo ninguna ley de “derecho”, Él es ley en sí mismo, de modo que todo lo que *Él* hace *es* correcto. Y ay del rebelde que cuestione Su soberanía: “¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡el tiesto con los tiestos de la tierra! ¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?; o tu obra:” No sabes lo que haces? (Is 45:9).

Además, el Señor Dios colocó *soberanamente* a Israel en una situación *condicional*. Los capítulos 19, 20 y 24 de Éxodo ofrecen una prueba clara y completa de esto. Ellos fueron puestos bajo un pacto de obras. Dios les dio ciertas leyes e hizo que la bendición nacional para ellos dependiera de la observancia de Sus estatutos. Pero Israel tenía dura su servís y un corazón incircunciso. Se rebelaron contra Jehová, abandonaron Su Ley, se volvieron hacia dioses falsos y apostataron. En consecuencia, el juicio divino cayó sobre ellos, fueron entregados en manos de sus enemigos, dispersados por toda la tierra y permanecen bajo el ceño fruncido del disgusto de Dios hasta el día de hoy.

Fue Dios, en el ejercicio de Su alta soberanía, el que puso a Satanás y sus ángeles, a Adán e Israel en sus respectivas posiciones de *responsabilidad*. Pero en lugar de que Su soberanía le quitara la responsabilidad a la criatura, fue por el ejercicio de Su soberanía que los puso a todos ellos en esa situación condicional, bajo las responsabilidades que Él consideraba apropiadas; en virtud de cuya soberanía, Él es conocido como Dios sobre todas las cosas. Por lo tanto, existe una perfecta armonía entre la soberanía de Dios y la

responsabilidad de la criatura. Muchos han dicho tontamente que es imposible mostrar dónde termina la soberanía divina y dónde comienza la responsabilidad de la criatura. *He aquí* donde comienza la responsabilidad de la criatura: en la ordenación soberana del Creador. En cuanto a Su soberanía, ¡no hay y nunca habrá un “fin” para ella!

Pero ahora daremos más evidencias de que la responsabilidad de la criatura *se basa* en la soberanía de Dios. ¡Cuántas cosas se registran en la Escritura que eran correctas únicamente porque Dios las *ordenó*, y cuáles *no* hubieran sido correctas si Dios no las hubiera ordenado! ¿Qué derecho tenía Adán a “comer” de los árboles del Jardín? ¿El permiso de su Hacedor (Gen 2:16), sin el cual habría sido un ladrón! ¿Qué derecho tenía Israel de “demandar” las joyas y vestiduras de los egipcios (Éx 12:35)? Ninguno, sino que Jehová lo había autorizado (Exo 3:22). ¿Qué derecho tenía Israel de matar tantos corderos para el sacrificio? Ninguno, excepto que Dios lo ordenó. ¿Qué derecho tenía Israel de matar a todos los cananeos? Ninguno, salvo que Jehová se lo había ordenado. ¿Qué derecho tiene el esposo a exigir la sumisión de su esposa? Ninguno, a excepto que Dios así lo estableció. Y así podríamos continuar. La responsabilidad humana *se basa* en la soberanía divina.

Pongamos un ejemplo más acerca del ejercicio de la soberanía absoluta de Dios. Dios colocó a Sus elegidos en una situación *diferente* a la de Adán o Israel. Puso a Sus elegidos en una situación *incondicional*. En el pacto eterno, Jesucristo fue nombrado Su cabeza, asumió sus responsabilidades sobre sí mismo y ejecutó durante Su vida una justicia perfecta para atribuírsela a ellos, una justicia insuperable y eterna. Cristo fue colocado en una situación condicional, porque fue “hecho bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley”, solamente que existía esta diferencia infinita: los otros fallaron; pero Él no pues ni siquiera era posible que fallase. ¿Y *quién* puso a Cristo en esa situación condicional? El Dios Trino. Fue la voluntad soberana que lo designó, el amor soberano que lo envió, la autoridad soberana que le asignó Su obra.

Se impusieron ciertas condiciones al Mediador. Él debía ser hecho a semejanza de la carne del pecado; Debía magnificar la Ley y hacerla honorable; Él debía llevar todos los pecados de todo el pueblo de Dios en Su propio cuerpo en el madero; debía hacer expiación completa por ellos; debía soportar sobre Él la ira derramada de Dios; Él debía morir y ser enterrado. En el cumplimiento de esas

condiciones, se le prometió una recompensa, ver Isaías 53:10-12. Debía ser el primogénito entre muchos hermanos; debía tener un pueblo que compartiera Su gloria. Bendito sea Su nombre para siempre, porque Él cumplió esas condiciones, y debido a que lo hizo, el Padre se comprometió, bajo juramento solemne, a preservar a través del tiempo y bendecir por toda la eternidad a cada uno de aquellos para quienes Su Hijo encarnado hizo mediación. Debido a que Él tomó el lugar de ellos, ahora ellos comparten el lugar de Cristo. Su justicia es de ellos, Su posición ante Dios es de ellos, Su vida es de ellos. No hay una sola condición que tengan que cumplir, ni una sola responsabilidad que efectuar a fin de alcanzar la dicha eterna. “Porque con una sola ofrenda *hizo perfectos* para siempre a los santificados [es decir a los apartados]” (Heb 10:14).

He aquí se muestra la soberanía de Dios abiertamente ante todos, evidenciada en las *diferentes* maneras en que Él ha tratado con Sus criaturas. Parte de los ángeles, Adán e Israel, fueron puestos en una situación condicional, y la continuidad en la bendición de ellos era dependiente de *su* obediencia y fidelidad a Dios. Por el contrario, se muestra un gran contraste entre la situación condicional de los antes mencionados y la “manada pequeña” (Lc 12:32), la cual fue puesta en una situación incondicional e inmutable en el pacto de Dios, en los consejos de Dios y en el Hijo de Dios; pues la bendición de esta manada pequeña es únicamente dependiente de lo que *Cristo* hizo por ellos. “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” (2Ti 2:19). El fundamento sobre el cual se encuentran los elegidos de Dios es perfecto: no se le puede agregar nada, ni se le puede quitar nada (Ec 3:14). He aquí, pues, la más alta y grandiosa exhibición de la soberanía absoluta de Dios. Verdaderamente, Él “de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” (Rm 9:18).

Capítulo 7

La inmutabilidad de Dios

Dios se distingue de Sus criaturas.

La inmutabilidad es una de las perfecciones divinas que no se considera suficientemente. Es una de las excelencias del Creador que lo distingue de todas Sus criaturas. Dios es perpetuamente el mismo: no está sujeto a ningún cambio en Su ser, ni en Sus atributos ni en Sus determinaciones. Por lo tanto, Dios es comparado con una “*Roca*” (Dt 32:4, etc.) que permanece inamovible cuando todo el océano que la rodea está continuamente en un estado fluctuante, aun así, aunque todas las criaturas están sujetas a cambios, Dios es inmutable. Debido a que Dios no tiene principio ni fin, tampoco puede experimentar ningún cambio. Él es eternamente el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza” [no hay cambio], “ni sombra de variación” (Stg 1:17).

Aspectos de la inmutabilidad de Dios

En primer lugar, Dios es inmutable en Su *esencia*. Su naturaleza y ser son infinitos y, por lo tanto, no están sujetos a cambios. Nunca hubo un momento en que no existiera; nunca llegará un momento en que Él dejará de existir. Dios no ha evolucionado, crecido ni mejorado. Todo lo que Él es hoy, lo ha sido y lo será. “Porque yo Jehová, no cambio” (Mal 3:6), esta es Su propia afirmación incondicional. Él no puede cambiar para mejor, porque ya es perfecto; y siendo perfecto, no puede cambiar para peor. Dios no está afectado por nada fuera de sí mismo en ninguna manera, la mejora o el deterioro es imposible. Él es perpetuamente igual. Solamente Él puede decir: “YO SOY EL QUE SOY” (Éx 3:14). Él no está influenciado por el paso del tiempo. No hay arrugas en la frente de la eternidad. Por lo tanto, Su poder nunca puede disminuir ni Su gloria se desvanece.

En segundo lugar, Dios es inmutable en Sus *atributos*. Cualquiera que sean los atributos de Dios antes de que el universo fuera creado, son exactamente los mismos ahora, y lo seguirán siendo

para siempre. Es así necesariamente porque las perfecciones mismas de Dios son las cualidades esenciales de Su ser. En cada una de sus perfecciones está escrito: *Semper idem* (que significa siempre el mismo). Su poder no ha disminuido, Su sabiduría no ha disminuido, Su santidad está intacta. Es tan imposible que los atributos de Dios cambien como lo es que la Deidad pudiera dejar de ser Deidad. Su veracidad es inmutable, porque “para siempre... Permanece [su] palabra en los cielos.” (Sal 119:89). Su amor es eterno: “Con amor eterno te he amado” (Jer 31:3) y “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13:1). Su misericordia no cesa, porque es “para siempre” (Sal 100:5).

En *tercer lugar*, Dios es inmutable en Su *consejo*. Su voluntad nunca varía. Quizás algunos estén listos para objetar que deberíamos leer lo siguiente: “Y se *arrepintió* Jehová de haber hecho hombre” (Gn 6:6). Nuestra primera respuesta es: ¿Entonces, se contradicen las Escrituras? No, eso no puede ser. Números 23:19 es bastante claro: “Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta”. Así también en 1 Samuel 15:29: “Además, el que es la Gloria de Israel no mentará, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta”. La explicación es muy simple. Cuando habla de sí mismo, Dios con frecuencia adapta Su lenguaje a nuestras capacidades limitadas. Se describe a sí mismo como vestido de miembros corporales, como ojos, oídos, manos, etc. Él habla de sí mismo diciendo que “despertó” (Sal 78:65), diciendo que “madrugó” (Jer 7:13, RVG 2010); sin embargo, Dios no duerme. Cuando instituye un *cambio en Sus tratos* con los hombres, describe la dirección de Su conducta como “arrepentirse”.

Sí, Dios es inmutable en Su consejo. “Porque *sin* arrepentimiento son los dones y el llamamiento de Dios” (Rm 11:29, RVG 2010). Debe ser así, porque “si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e hizo” (Job 23:13).

*Nosotros vemos en todo cambio y decadencia,
aquel que cambia que no permanezca contigo.*

El propósito de Dios nunca se altera. Una de estas dos cosas hace que un hombre cambie de opinión y revierta sus planes: la falta de previsión para anticipar cualquier evento o la falta de poder para ejecutar algo. Pero como Dios es omnisciente y omnipotente, nunca es necesario que revise Sus decretos. No, “El consejo de Jehová permanecerá para siempre; Los pensamientos de su corazón por

todas las generaciones” (Sal 33:11). Por lo tanto, leemos de “la inmutabilidad de su consejo” (Heb 6:17).

¿Se puede depender de los seres humanos?

Aquí podemos percibir la distancia infinita que separa a la criatura más elevada del Creador. Criatura y mutabilidad son términos correlativos. Si la criatura no fuera mutable por naturaleza, no sería una criatura; sería Dios. Por naturaleza tendemos a ser nada, ya que venimos de la nada. Nada impide nuestra aniquilación sino la voluntad y el poder de Dios. Nadie puede sustentarse a sí mismo ni un solo momento. Dependemos completamente del Creador para cada aliento que respiramos. Con mucho gusto decimos junto con el salmista: Tú eres “quien preservó la vida a nuestra alma” (Sal 66:9). El entendimiento de esto debería hacernos humillar comprendiendo que nada somos en la presencia de Aquel en Quien “vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch 17:28).

Como criaturas caídas, no solo somos mutables, sino que todo en nosotros se *opone* a Dios. Como tal, somos “estrellas errantes” (Jud 1:13), fuera de nuestra órbita adecuada. “Pero los impíos son como el mar en tempestad, que *no puede estarse quieto*” (Is 57:20). El hombre caído es inconstante. Las palabras de Jacob sobre Rubén se aplican con toda su fuerza a todos los descendientes de Adán: “Impetuoso como las aguas” (Gn 49:4). Por lo tanto, la siguiente expresión de Isaías 2:22 que nos manda a *dejar de confiar en el hombre*, no solo es una muestra de piedad, sino también de sabiduría. No se debe depender de ningún ser humano. “No confiéis en los príncipes, Ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación” (Sal 146:3). Si desobedezco a Dios, merezco ser engañado y decepcionado por mis semejantes. Las personas que te quieren hoy pueden odiarte mañana. La multitud que gritó: “¡Hosanna al Hijo de David!”, rápidamente cambió de opinión diciendo “¡Fuera, fuera, crucifícale!”.

Dónde pararnos con seguridad

He aquí el *sólido consuelo*. No se puede confiar en la naturaleza humana; ¡pero sí se puede confiar en Dios! Por muy inestable que yo sea, por muy variables que sean mis amigos, aún así, Dios no cambia. Si Él cambiara como nosotros; si quisiera una cosa hoy y otra mañana; si fuera controlado por el capricho, ¿quién podría confiar en Él? Pero, alabado sea Su glorioso nombre, Él es siempre el mismo. Su propósito es fijo; Su voluntad es estable; Su palabra es

segura. Aquí, pues, está la *Roca* donde podemos pararnos con seguridad mientras el poderoso torrente barre todo lo que nos rodea. La permanencia del carácter de Dios garantiza el cumplimiento de Sus promesas: “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is 54:10).

Aquí encontramos ánimo para la oración.

¿Qué consuelo podríamos tener si orásemos a un dios que, como el camaleón, cambia de color continuamente? ¿Quién presentaría una petición a un príncipe terrenal que fuera tan mutable como para conceder una petición un día y negarla otro día? (Stephen Charnock, 1670).

¿Debería alguien preguntar: Pero, de qué sirve orar a Aquel cuya voluntad ya está determinada? Respondemos: porque así Él lo ha mandado. ¿Acaso Dios ha prometido darnos alguna bendición sin que se la pidamos? “Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1Jn 5:14), y Su voluntad ha *obrado* para el bien de Sus hijos. Pedir cualquier cosa contraria a Su voluntad no es oración, sino una clara rebelión.

Aquí hay motivos de *terror para los malvados*. Aquellos que lo desafían, que violan Sus leyes, que no se preocupan por Su gloria, sino que viven sus vidas como si Él no existiera; estos no deben suponer que, cuando al final, clamen a Él por misericordia, alterará Su voluntad, revocará Su palabra y eliminará Sus terribles amenazas. No, Él ha declarado: “Pues también yo procederé con furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré” (Ez 8:18). Dios no se negará a sí mismo para satisfacer los deseos de ellos. Dios es santo, inmutablemente santo. Por lo tanto, Dios odia el pecado, lo odia eternamente. Es por causa de esto que el castigo que les corresponde también es *eterno*, el cual está preparado para todos aquellos que mueren en sus pecados.

La inmutabilidad divina, como la nube que se interpuso entre los israelitas y el ejército egipcio, tiene un lado oscuro y uno claro. Asegura la ejecución de Sus amenazas, así como el cumplimiento de Sus promesas; y destruye la esperanza que los culpables albergan con esperanzas de que Él será flojo con Sus frágiles y descarriadas criaturas, y que serán tratados con mucha más ligereza de lo que las declaracio-

nes de Su propia Palabra nos revela. A estas especulaciones engañosas y presuntuosas, las rechazamos con la solemne verdad: que Dios es inmutable en veracidad y propósito, en fidelidad y justicia (John Dick, 1850).

Capítulo 8

La santidad de Dios

Solo Dios es santo.

“¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo” (Ap 15:4). Él solo es independientemente, infinitamente, inmutablemente santo. En las Escrituras frecuentemente se le llama “El Santo”: y lo es porque la suma de toda la excelencia moral se encuentra en Él. Él es la Pureza absoluta y sin mancha ni sombra de pecado. “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1Jn 1:5). La santidad es la excelencia misma de la naturaleza divina: el gran Dios es “magnífico en santidad” (Éx 15:11). Por lo cual, leemos: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab 1:13). Como el poder de Dios es lo opuesto a la debilidad natural de la criatura, ya que Su sabiduría está en completo contraste con el menor defecto de comprensión o necedad, Su santidad es la antítesis de toda mancha o contaminación moral. A los antiguos cantores de Israel los mandó a que “alabasen en la hermosura de la santidad” (2Cr 20:21, RVG). El poder es la mano o el brazo de Dios, la omnisciencia Su ojo, la misericordia Sus entrañas, la eternidad Su duración, pero la santidad es Su belleza (S. Charnock). Es esto lo que lo hace supremamente encantador para aquellos que han sido libertados del dominio del pecado.

Se pone un énfasis principal en esta perfección de Dios:

Dios es más a menudo llamado Santo que Todopoderoso, y se le describe más por esta parte de Su dignidad que por cualquier otra. Este atributo es más usado como calificativo de Su nombre que cualquier otro. Nunca se nos habla de “Su poderoso nombre” o “Su sabio nombre”, sino de Su grande nombre, y sobre todo, Su santo nombre. Este es el mayor título de honor; en este último aparece la majestad y veneración de Su nombre (S. Charnock).

Esta perfección, como ninguna otra, se celebra solemnemente ante el Trono del Cielo, los serafines claman: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Is 6:3).

Dios mismo destaca esta perfección: “Una vez he jurado por mi santidad” (Sal 89:35). Dios jura por Su “santidad” porque esa es una expresión más *completa* de sí mismo que cualquier otra cosa. Por lo tanto, se nos exhorta: “Cantad a Jehová, vosotros sus santos, Y celebrad la memoria de su santidad” (Sal 30:4). “A este se le puede llamar un atributo trascendental, que, por así decirlo, acompaña a Sus otros atributos y les saca brillo. Es un atributo de atributos” (J. Howe, 1670). Por lo tanto, leemos de: “la *hermosura* de Jehová” (Sal 27:4), la cual no es otra cosa que “la *hermosura de la santidad*” (Sal 110:3).

Esta excelencia es resaltada por encima de todas Sus otras perfecciones, y por tanto es la gloria de todos los demás atributos: tal como la santidad es la gloria de la Deidad, así también es la gloria de toda perfección en la Deidad; tal como Su poder es la fuerza de Sus atributos, así mismo, Su santidad es la belleza de Sus atributos; y de la manera en que todos estos atributos serían débiles sin Su omnipotencia, así también les faltaría belleza si no estuviera la santidad para adornarlos. Si este atributo se manchara, todo el resto perdería su honra; de la misma manera que en el mismo instante que el sol perdiera su luz, perdería también su calor, su fuerza, su virtud generadora y vivificante. Como la sinceridad es el brillo de toda gracia en un cristiano, la pureza es el esplendor de cada atributo en la Trinidad. Su justicia es una justicia santa, Su sabiduría una sabiduría santa, y Su poder es “su santo brazo” (Sal 98:1). Su verdad o palabra es una “santa palabra” (Sal 105:42). Su nombre, el cual significa todos Sus atributos en conjunto, es un “santo nombre” (Sal 103:1) (S. Charnock).

La manifestación de la santidad de Dios

La santidad de Dios se manifiesta *en Sus obras*. “Justo es Jehová en todos sus caminos, Y misericordioso en todas sus obras” (Sal 145:17). Nada más que lo excelente puede proceder de Él. La santidad es la regla de todas Sus acciones. Al principio, Él declaró que todo lo que había hecho era “bueno en gran manera” (Gn 1:31), lo cual no podría haber hecho si hubiera habido algo imperfecto o impío en ellos. El hombre fue hecho “recto” (Ec 7:29), a imagen y semejanza de su Creador. Los ángeles que cayeron fueron creados santos, porque se nos dice que “no guardaron su dignidad [habitación]” (Jud 1:6). De Satanás está escrito: “Perfecto eras en todos tus

caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ez 28:15).

La santidad de Dios se manifiesta *en Su ley*. Esa Ley prohíbe el pecado en *todas* sus formas: tanto en las más refinadas como en las más groseras, ya sea en los pensamientos de la mente o en la contaminación del cuerpo; ya sea el deseo secreto o en el acto manifiesto. Por lo tanto, leemos: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento es santo, y justo, y bueno” (Rm 7:12). “El precepto de Jehová es puro, que alumbrá los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos” (Sal 19:8-9).

La santidad de Dios se manifiesta *en la cruz*. Maravillosamente y con toda solemnidad decimos que la expiación muestra Su infinita santidad y el aborrecimiento de Dios hacia pecado. ¡Cuán odioso debe ser el pecado para Dios para que Él lo castigue hasta el final cuando fue imputado a Su Hijo!

Ni los juicios que se han hecho ni los que se harán sobre el mundo malvado, ni el horno en llamas de la conciencia de un pecador, ni la sentencia irreversible pronunciada contra los demonios rebeldes, ni los gemidos de las malditas criaturas, demuestran con tanta claridad el odio de Dios hacia el pecado, como la ira de Dios que se desató sobre Su Hijo. Nunca la santidad divina lució más bella y hermosa que cuando el semblante de nuestro Salvador se vio más estropeado en medio de Sus gemidos moribundos. Esto mismo lo reconoce en el Salmo 22. Cuando Dios apartó Su rostro sonriente de Él y clavó Su cuchillo afilado en Su corazón, lo cual le forzó a clamar con ese terrible: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Él ama esta perfección: “Tú eres santo” (v.3) (S. Charnock).

Como Dios es santo, *odia todo pecado*. Él ama todo lo que está en conformidad con Sus leyes, y detesta todo lo que es contrario a ellas. Su Palabra declara claramente: “Jehová abomina al perverso” (Pr 3:32). Y de nuevo: “Abominación son a Jehová los pensamientos del malo” (Pr 15:26). Por tanto, se deduce que necesariamente Él debe castigar el pecado. Es tan cierto que no puede existir el pecado sin castigo como que Dios siente odio hacia él. Dios a menudo ha perdonado a los pecadores, pero nunca perdona el pecado; y al pecador solo se le perdona por el hecho de que Otro ha soportado su castigo: porque “sin derramamiento de sangre no se hace remisión”

(Heb 9:22). Por lo tanto, se nos dice: “Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos” (Nah 1:2). Por un solo pecado, Dios desterró a nuestros primeros padres del Edén. Por un pecado, toda la posteridad de Canaán hijo de Cam, cayó bajo una maldición que permanece sobre ellos hasta el día de hoy (Gn 9:22). Por un pecado, Moisés fue excluido de Canaán, el siervo de Eliseo herido de lepra, Ananías y Safira fueron cortados de la tierra de los vivientes.

La santidad de Dios desde una perspectiva mundana

Aquí encontramos pruebas de la inspiración divina de las Escrituras. Los no regenerados realmente no creen en la santidad de Dios. Su concepción acerca del carácter de Dios es totalmente unilateral. Ellos esperan que Su misericordia anule todo lo demás. “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal 50:21), esta es la acusación de Dios contra ellos. Ellos imaginan un “dios” inventado en sus propios corazones malvados. Lo que demuestra que continúan viviendo en una locura total. Tal es la santidad atribuida a la naturaleza y al carácter divinos en la Escritura que demuestra claramente su origen sobrehumano. El carácter atribuido a los “dioses” de los antiguos y de los idólatras modernos es lo contrario a esa pureza inmaculada que pertenece al Dios verdadero. ¡Un Dios inefablemente santo, que tiene el mayor aborrecimiento de todo pecado, nunca fue inventado por ninguno de los descendientes caídos de Adán! El hecho es que nada pone más de manifiesto la terrible depravación del corazón del hombre y su enemistad contra el Dios viviente que haberse enfrentado a Aquel que es infinita e inmutablemente santo. Su propia idea del pecado está prácticamente limitada a lo que el mundo llama “crimen”. Cualquier cosa menos que eso, el hombre le llama “defectos”, “errores”, “enfermedades”, etc. E incluso cuando no pueden esconder sus pecados, inventan excusas y atenuantes para estos.

El “dios” que la gran mayoría de los cristianos profesantes “ama” se ve muy parecido a un anciano indulgente, aunque Él mismo no está de acuerdo con el pecado, disimula de forma indulgente las “insensateces” de la juventud. Pero la Palabra dice: “Aborreces a *todos* los que hacen iniquidad” (Sal 5:5). Y otra vez dice: “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal 7:11). Pero los hombres se rehúsan a creer en *este* Dios y crujen los dientes cuando Su odio por el pecado es traído a colación delante de ellos. No, el hombre pecador no podría haber ideado a un Dios santo de la mis-

ma manera que no podría jamás idear el Lago de Fuego en el cual sería atormentado por los siglos de los siglos.

Debido a que Dios es santo, es *completamente imposible ser aceptados ante Él sobre la base de las obras de la criatura*. Sería más fácil que una criatura caída crease un mundo que lograr producir las buenas obras que cumpliesen con la aprobación de Dios y su infinita pureza. ¿Puede la oscuridad morar con la luz? ¿Puede el Dios que no tiene mancha disfrutar de los trapos de inmundicia? (Is 64:6). Lo mejor que produce el hombre pecador está contaminado. Un árbol corrupto no puede dar buenos frutos. Dios se negaría a sí mismo, deshonoraría Sus perfecciones si considerara justo y santo lo que no lo es en sí mismo; y nada es santo si tiene la más mínima mancha contraria a la naturaleza de Dios.

La humanidad redimida

Pero bendito sea Su nombre, lo que Su santidad exigió, Su gracia lo ha provisto en Cristo Jesús nuestro Señor. Todo pobre pecador que ha huido a Él en busca de refugio es aceptado “en el Amado” (Ef 1:6). ¡Aleluya!

El hombre se acerca a Dios

Debido a que Dios es santo, la *mayor reverencia* sería nuestro acercamiento a Él. “Dios temible en la gran congregación de los santos, Y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Sal 89:7). Entonces “Exaltad a Jehová nuestro Dios, Y postraos ante el estrado de sus pies; Él es santo” (Sal 99:5). Sí, “al *estrado de Sus pies*”, en la postura más baja de la humildad, postrados ante él. Cuando Moisés se acercó a la zarza ardiente, Dios dijo: “quita tu calzado de tus pies” (Éx 3:5). A Él se le debe servir “con temor” (Sal 2:11). De Israel Su demanda fue: “En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (Lv 10:3). Cuanto más se impresionen nuestros corazones por Su inefable santidad, más aceptable será que nos acerquemos a Él.

Debido a que Dios es santo, debemos desear ser *conformados a Él*. Su mandamiento es: “Sed santos, porque yo soy santo” (1P 1:16). No se nos ordena ser omnipotentes u omniscientes como lo es Dios, pero sí debemos ser santos y serlo “en *toda* [nuestra] manera de vivir” (1P 1:15).

Esta es la mejor manera de honrar a Dios. No glorificamos tanto a Dios con con admirarlo, o con expresiones elocuentes, o servicios pomposos para Él, como cuando aspiramos a conversar con Él con

espíritus sin mancha y vivir *para* Él viviendo *como* Él (S. Char-nock).

Entonces, como solo Dios es la Fuente de la santidad, busque-mos sinceramente la santidad de Él; que nuestra oración diaria sea que Él mismo nos “santifique *por completo*; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1Ts 5:23).

Capítulo 9

El poder de Dios

Estableciendo un concepto correcto del poder de Dios

No podemos tener una concepción correcta de Dios a menos que pensemos en Él como todopoderoso, y también como teniendo total sabiduría. El que no puede hacer lo que quiere y realizar todo lo que quiere no puede ser Dios. Como Dios tiene la voluntad de decidir lo que considera bueno, también tiene poder para ejecutar Su voluntad.

El poder de Dios es esa habilidad y fuerza por las cuales Él puede llevar a cabo todo lo que quiera, cualquier cosa que Su sabiduría infinita pueda dirigir, y cualquier cosa que la pureza infinita de Su voluntad pueda resolver... Como la santidad es la belleza de todos los atributos de Dios, entonces el poder es lo que da vida y acción a todas las perfecciones de la naturaleza divina. Qué vanos serían los consejos eternos, si el poder no interviniera para ejecutarlos. Sin poder, Su misericordia no sería más que una débil lástima, Sus promesas un sonido vacío y Sus amenazas un mero espantapájaros. El poder de Dios es como Él: infinito, eterno, incomprensible; no puede ser controlado, restringido ni frustrado por la criatura (Stephen Charnock).

“Una vez habló Dios; Dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder” (Sal 62:11). “Una vez habló Dios”: ¡sí, y no se necesita más que esto! El cielo y la tierra pasarán, pero Su palabra permanece para siempre. “Una vez habló Dios”: ¡sí, tal y cómo corresponde a Su divina majestad! Nosotros, los pobres mortales, podemos hablar con frecuencia y, sin embargo, no ser escuchados. Él habla una sola vez y el trueno de Su poder se escucha en mil colinas.

*“Tronó en los cielos Jehová, Y el Altísimo dio su voz;
Granizo y carbones de fuego. Envío sus saetas, y los dispersó;
Lanzó relámpagos, y los destruyó. Entonces aparecieron los abismos de las aguas, Y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, A tu reprensión,*

oh Jehová, Por el soplo del aliento de tu nariz.”

(Sal 18:13-15)

“Una vez habló Dios”: contempla Su autoridad inmutable. “Porque ¿quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados?” (Sal 89:6). “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn 4:35). Esto se mostró abiertamente cuando Dios se encarnó y habitó entre los hombres. Al leproso le dijo: “Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (Mt 8:3). Al que había estado en la tumba cuatro días, dijo a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió”. El viento tormentoso y las olas furiosas se callaron ante una sola palabra de Él. Una legión de demonios no pudo resistir Su mandato autoritativo.

El poder de Dios y el orgullo del hombre.

“El poder le *pertenece* a Dios y solo a Él. Ninguna criatura en todo el universo tiene un átomo de poder salvo lo que Dios delega. Pero el poder de Dios no se adquiere, ni es dependiente del reconocimiento por parte de autoridad alguna. Le pertenece a Dios inherentemente.

El poder de Dios es como Él mismo, autoexistente, autosuficiente. Los hombres más poderosos no podrían añadir ni una poquito al poder al Omnipotente. Se sienta en un trono sin columnas que lo sostengan y no se apoya en ningún brazo auxiliar. Sus cortesanos no mantienen Su corte, no toma prestado Su esplendor de Sus criaturas. Él mismo es la gran fuente central y Originador de todo poder (C.H. Spurgeon).

No solo toda la creación da testimonio del gran poder de Dios, sino también de Su completa independencia de todas las cosas creadas. Escuche Su propio desafío: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordeel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular?” (Job 38:4-6). ¡Cuán humillado hasta el polvo aparece aquí el orgullo del hombre!

El poder también se usa como un nombre de Dios, se habla del “Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder” (Mr

14:62), es decir, a la diestra de Dios. Dios y el poder son tan inseparables que son mutuamente intercambiables. Como Su esencia es inmensa, no debe ser confinada en un lugar; como es eterno, no debe medirse en el tiempo; así que como es todopoderoso, no debe ser limitado en lo que respecta a la acción (S. Charnock).

“He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). ¿Quién puede contar todos los monumentos de Su poder? Incluso lo que se muestra de Su poder en la creación visible está completamente más allá de nuestros poderes de comprensión, y mucho menos podemos concebir la omnipotencia misma. Hay infinitamente más poder alojado en la naturaleza de Dios del que se expresa en todas Sus obras.

La ocultación del poder de Dios

Contemplamos “partes de Sus caminos” en la creación, la providencia, la redención, pero solo una “pequeña parte” de Su poder se ve en ellas. Sorprendentemente, esto se pone de manifiesto cuando leemos: “allí estaba escondido su poder” (Hab 3:4). Apenas es posible imaginar algo más majestuoso que las imágenes descritas en este capítulo, sin embargo, nada de lo expresado en este capítulo supera la nobleza de esta declaración. El profeta (en visión) contempló al poderoso Dios dispersando las colinas y volcando las montañas, lo que uno pensaría que brindaba una sorprendente demostración de Su poder. No, en cambio, dice este versículo que *eso* fue más bien la “ocultación” de Su poder que la exhibición del mismo. ¿Qué se quiere decir con esto? Esto: ¡tan inconcebible, tan inmenso, tan incontrolable es el poder de la Deidad que las convulsiones temibles que Él obra en la naturaleza, en realidad, ocultan más de lo que revelan acerca de Su poder infinito!

La inmensidad del poder de Dios.

Cuán hermoso es unir los siguientes pasajes: “Él... anda sobre las olas del mar” (Job 9:8), que expresa el poder incontrolable de Dios. “por el circuito del cielo se pasea” (Job 22:14), lo cual habla de la inmensidad de Su presencia. Él “anda sobre las alas del viento” (Sal 104:3), lo cual significa la asombrosa rapidez de Sus operaciones. Esta última expresión es muy notable. ¡No dice que “vuela”

o “corre”, sino que “anda” y que esto lo hace, sobre las mismas “alas del viento”, en el elemento más impetuoso, un elemento que puede ser arrojado con máxima furia y que barre con todo a su paso con rapidez casi inconcebible, sin embargo, se dice que las alas del viento están *bajo* Sus pies, es decir, bajo Su control perfecto!

Consideremos ahora el poder de Dios *en la creación*. “Tuyos los cielos, tuya también la tierra; el mundo y su plenitud, tú lo fundaste. Al norte y al sur tú los creaste” (Sal 89:11-12). Antes de que el hombre pueda trabajar, debe tener herramientas y materiales, pero Dios comenzó sin nada, y solo con Su palabra, de la nada hizo todas las cosas. El intelecto no puede comprenderlo. Dios “dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió” (Sal 33:9). La materia primitiva escuchó Su voz. “Y dijo Dios: Sea... y fue...” hecho (Gn 1). Bien podemos exclamar: “Tuyo es el brazo potente; Fuerte es tu mano, exaltada tu diestra” (Sal 89:13).

¿Quién, que mira hacia arriba al cielo de medianoche; y, con un poco de sentido común, contempla sus maravillas, quién pudiera dejar de preguntarse, de qué fueron formadas sus poderosas órbitas? Aunque es asombroso, fueron producidas sin materiales. Surgieron del vacío mismo. El majestuoso tejido cósmico de la naturaleza surgió de la nada. ¿Qué instrumentos fueron utilizados por el Arquitecto Supremo para modelar las piezas con una exquisitez tan precisa y darle un esmalte tan hermoso a todo el conjunto? ¿Cómo se conectó todo en una estructura tan finamente planificada y con un acabado tan espléndido? Un simple fiat lo logró todo. Sea hecho, dijo Dios. No añadió más; y al mismo tiempo surgió el maravilloso edificio, adornado con todas las bellezas, mostrando innumerables perfecciones y declarando en medio de los serafines su gran elogio del Creador. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca” (Sal 33:6) (James Hervey, 1789).

Considere el poder de Dios *en la preservación*. Ninguna criatura tiene poder para preservarse. “¿Crece el junco sin lodo? ¿Crece el prado sin agua?” (Job 8:11). Tanto el hombre como los animales perecerían si no hubiera hierbas para comer; las hierbas se marchitarían y morirían si la tierra no fuera refrescada con lluvias fructíferas. Por lo tanto, Dios es llamado el Conservador del hombre y de los animales (Sal 36:6); Él es “quien sustenta todas las cosas con la

palabra de su poder” (Heb 1:3). ¡Qué maravilla del poder divino es la vida prenatal de cada ser humano! El hecho de que un bebé siquiera esté vivo, y durante tantos meses, en lugares tan estrechos y sucios, y además sin respirar; esto es inexplicable sin el poder de Dios. Verdaderamente “Él es quien preservó la vida a nuestra alma” (Sal 66:9). La preservación de la tierra de la violencia del mar es otra instancia clara del poder de Dios. ¿Cómo se mantiene ese elemento furioso dentro de esos límites en los que Él los confinó al principio, y continúan así, sin desbordarse sobre la tierra y sin destruir la parte mas baja de la creación? La situación natural del agua es estar sobre la tierra, porque es más liviana, y a su vez, debe estar inmediatamente debajo del aire, porque es más pesada. ¿Quién restringe esta cualidad natural del agua? Ciertamente el hombre no lo hace, y tampoco puede. Es el fiat de su Creador el único que la refrena: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, Y ahí parará el orgullo de tus olas” (Job 38:11). ¡Qué monumento permanente al poder de Dios es la preservación del mundo!

Considere el poder de Dios *en el gobierno*. Piense en cómo Dios restringe la malicia de Satanás. “El diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1P 5:8). Está lleno de odio contra Dios y de enemistad diabólica contra los hombres, particularmente contra los santos. El que envidiaba a Adán en el paraíso nos envidia ahora el placer de disfrutar de cualquiera de las bendiciones de Dios. Si dependiera de su voluntad, el diablo trataría a todos de la misma manera que trató a Job: enviaría fuego del cielo sobre los frutos de la tierra, destruiría el ganado, provocaría que un viento derribara nuestras casas y cubriría nuestros cuerpos con tumores. Pero, aunque los hombres casi no se den cuenta, Dios los refrena en gran medida, les impide llevar a cabo sus malvados designios y los confina dentro de Sus ordenanzas. Así también Dios restringe la corrupción natural de los hombres. El hombre sufre suficientes brotes de pecado para mostrar qué terrible caos ha provocado la apostasía del hombre hacia su Hacedor, pero ¿quién puede concebir los espantosos extremos a los que irían los hombres si Dios quitara Su mano? “Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre” (Rm 3:14-15): esta es la naturaleza de *cada* descendiente de Adán. ¡Entonces, qué desenfrenado y perverso libertinaje dominaría el mundo si el poder de Dios no se interpusiera para cerrar las compuertas del mismo! Ver Salmo 93:3-4.

Considere el poder de Dios *en el juicio*. Cuando golpea, nadie puede resistirlo: ver Ezequiel 22:14. ¡Cuán terriblemente fue evidenciado esto en el Diluvio! Dios abrió las ventanas del cielo y rompió las grandes fuentes de las profundidades, y (a excepción de aquellos en el arca) toda la raza humana fue barrida, indefensa ante la tormenta de Su ira. Una lluvia de fuego y azufre del cielo, y las ciudades de la llanura fueron exterminadas. Faraón y todos sus ejércitos fueron impotentes cuando Dios sopló sobre ellos en el Mar Rojo. ¡Qué palabra tan terrible es la de Romanos 9:22: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?”. Dios desplegará Su grandioso poder sobre los reprobados no solo encarcelándolos en el infierno, sino preservando sobrenaturalmente sus cuerpos y sus almas en medio de las eternas quemaduras del Lago de Fuego.

Por lo tanto, ¡que todos *tiemblen* ante semejante Dios! Tratar con descaro a Aquel que puede aplastarnos más fácilmente que una polilla, es una estrategia suicida. Desafiar abiertamente a Aquel que está vestido de omnipotencia, que puede desgarrarnos en pedazos o arrojarnos al infierno en cualquier momento que le plazca, es el colmo de la locura. Para decirlo más claramente: es sabio prestar atención a Sus mandamientos: “Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; Pues se inflama de pronto su ira” (Sal 2:12).

¡Hace bien aquella alma iluminada en *adorar* a un Dios así! Las maravillas e infinitas perfecciones de un Ser así exigen un culto apasionado. Si los hombres de poder y renombre reclaman la admiración del mundo, cuánto más debería el poder del Todopoderoso llenarnos de asombro y homenaje. “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, Terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx 15:11).

¡Hace bien el santo en *confiar* en un Dios así! Es digno de confianza implícita. Nada es demasiado difícil para él. Si Dios estuviera limitado en poder y hubiera un límite para Su fuerza, bien podríamos desesperarnos. Pero al ver que está vestido de omnipotencia, ninguna oración es demasiado difícil de responder para *Él*, no hay necesidad demasiado grande que no pueda proveer, no hay pasión nuestra demasiado fuerte que *Él* no pueda dominar; ninguna tentación es demasiado poderosa para que *Él* nos libre de ella, ni ningun-

na miseria demasiado profunda para que Él no la alivie. “Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?” (Sal 27:1).

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.”

(Ef 3:20-21)

Capítulo 10

La fidelidad de Dios

Fiel en todas las cosas, en todo momento

La infidelidad es uno de los pecados más sobresalientes de estos días malos. En el mundo de los negocios, con excepciones extremadamente raras, los hombres ya no honran la palabra empeñada. En el mundo social, la infidelidad conyugal abunda en todas partes, los lazos sagrados del matrimonio se rompen con tan poca consideración como cuando se descarta una ropa vieja. En el ámbito eclesiástico, miles de personas que se han comprometido solemnemente a predicar la verdad no tienen ningún escrúpulo para atacar y negar la verdad. Tampoco nuestro lector ni el escritor pueden pretender inmunidad completa de este terrible pecado. ¡De cuántas maneras hemos sido infieles a Cristo y a la luz y los privilegios que Dios nos ha confiado! Qué refrescante, cuán indescriptiblemente bendito es levantar nuestros ojos sobre esta escena de ruina y contemplar a Aquel que *es fiel*: fiel en todas las cosas, fiel en todo momento.

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios *fiel*” (Dt 7:9). Esta cualidad es esencial para Su ser; sin ella no sería Dios. Para Dios ser infiel sería actuar en contra de Su naturaleza, lo cual sería imposible: “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo” (2Ti 2:13). La fidelidad es una de las gloriosas perfecciones de Su ser. Es como si Dios estuviera revestido de ella: “*Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová, Y tu fidelidad te rodea*” (Sal 89:8). Así también, cuando Dios se encarnó, se dijo: “Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (Is 11:5).

Qué palabra aquella, la del Salmo 36:5, “Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, Y tu fidelidad alcanza hasta las nubes”. Más allá de toda comprensión finita está la fidelidad inmutable de Dios. Todo acerca de Dios es grandioso, vasto, incomparable. Él nunca olvida, nunca falla, nunca vacila, nunca falta a Su palabra. Dios ha cumplido perfectamente cada una de sus promesas y profecías; así que cada compromiso, ya sea de pacto o de amenaza, Él lo cumplirá

porque “Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm 23:19). Es por eso que el creyente exclama: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm 3:22-23).

En las Escrituras hay abundantes ilustraciones de la fidelidad de Dios. Hace más de cuatro mil años dijo: “Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche” (Gn 8:22). Cada año que pasa proporciona un nuevo testimonio del cumplimiento de esta promesa por parte de Dios. En Génesis 15 encontramos que Jehová declaró a Abraham: “Tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí... Y en la cuarta generación volverán acá” (Gn 15:13-16). Pasaron los siglos. Y los descendientes de Abraham gimieron en Egipto entre los hornos de ladrillos. ¿Había olvidado Dios Su promesa? ¡De hecho no! Lea Éxodo 12:41, “Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto”. Por medio de Isaías, el Señor declaró: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is 7:14). De nuevo pasaron siglos, pero “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá 4:4).

Dios es verdad. La promesa de su Palabra segura. En todas Sus relaciones con Su pueblo, Dios es fiel. Se puede confiar en Él con seguridad. Nadie nunca realmente confió en Él en vano. Encontramos esta preciosa verdad expresada en casi todas partes en las Escrituras, porque Su pueblo necesita saber que la fidelidad es una parte esencial del carácter divino. Esta es la base de nuestra confianza en Él. Pero una cosa es aceptar la fidelidad de Dios como una verdad divina, y otra muy distinta es *actuar de acuerdo con ella*. Dios “nos ha dado preciosas y grandísimas promesas”, pero ¿realmente estamos con el cumplimiento de ellas? ¿Estamos realmente *esperando* que Él haga por nosotros todo lo que ha dicho? ¿Estamos descansando con seguridad implícita en estas palabras: “*fiel* es el que prometió” (Heb 10:23)?

Cuando ocurren dificultades

Hay épocas en la vida de todas las personas cuando no es fácil, ni siquiera para los cristianos, creer que Dios es fiel. Nuestra fe es intensamente probada, nuestros ojos se oscurecen con lágrimas y

ya no podemos rastrear las obras de Su amor. Nuestros oídos están distraídos con los ruidos del mundo, acosados por los susurros ateos de Satanás, y ya no podemos escuchar los dulces acentos de Su voz apacible. Los planes preciados se han frustrado, los amigos en quienes confiamos nos han fallado, un hermano o hermana profesado en Cristo nos ha traicionado. Estamos tambaleándonos. Intentamos ser fieles a Dios, y ahora una nube oscura lo oculta de nosotros. Por razones carnales, nos resulta difícil, o más bien, imposible, armonizar Su enojo providencial con Sus bondadosas promesas. Ah, alma vacilante, ojalá encuentres la gracia para escuchar Isaías 50:10: “¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y *apóyese* en su Dios.”.

Cuando tengas la tentación de dudar de la fidelidad de Dios, clama: “Vete, Satanás”. Aunque ahora usted no puede armonizar los misteriosos tratos de Dios con las declaraciones de Su amor, espere en Él para obtener más luz. En Su tiempo apropiado te será aclarado. “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (Jn 13:7). El curso de la historia demostrará que Dios no ha abandonado ni engañado a Su hijo. “*Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y, por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él*” (Is 30:18).

*“No juzgues al Señor por un sentido débil,
sino confía en que Él te otorgará Su gracia,
detrás de un enojo providencial
Él esconde una cara sonriente.*

*“Vosotros santos temerosos, tomad coraje renovado,
Las nubes que tanto temes,
Son ricas en misericordia, y se disiparán
En bendición sobre tu cabeza.*

“Tus testimonios, que has recomendado, Son rectos y muy fieles” (Sal 119:138). Dios no solo nos ha dicho lo mejor, sino que no ha retenido lo peor. Él ha descrito fielmente la ruina que la caída ha tenido. Él ha diagnosticado fielmente el terrible estado que ha producido el pecado. Él ha dado a conocer fielmente su odio empedernido contra el mal, y que debe castigarlo. Nos ha advertido fielmente que Él es “fuego consumidor” (Heb 12:29). Su Palabra no solo abunda en ilustraciones de Su fidelidad en el cumplimiento de Sus promesas, sino que también registra numerosos ejemplos de

Su fidelidad en el cumplimiento de Sus amenazas. Cada etapa de la historia de Israel ejemplifica ese hecho solemne. Así fue con los individuos como: Faraón, Coré, Acán y muchos otros semejantes a estos. Y así será con *usted*, mi lector: a menos que haya huido o huya a Cristo en busca de refugio, la llama eterna del Lago de Fuego será con certeza su porción. Dios *es* fiel.

Fidelidad demostrada

Dios es fiel en *preservar* a Su pueblo. “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo” (1Co 1:9). En el versículo anterior se prometió que Dios confirmaría hasta el final a Su propio pueblo. La confianza del Apóstol en la seguridad absoluta de los creyentes no se basó en la fuerza de sus decisiones o capacidad de perseverar, sino en la veracidad de Aquel que no puede mentir. Dado que Dios ha prometido a Su Hijo que le dará por herencia un pueblo, para librarlos del pecado y la condenación, y hacerlos participantes de la vida eterna en gloria, es seguro que Él no permitirá que ninguno de ellos perezca.

Dios es fiel en *disciplinar* a su pueblo. Él es tan fiel cuando retiene algo, como cuando da algo. Él es fiel en enviar tristeza y también en dar alegría. La fidelidad de Dios es una verdad que debemos confesar no solo cuando nos sentimos cómodos, sino también cuando nos asustamos bajo la más aguda reprensión. Esta confesión tampoco debe ser meramente de nuestras bocas, sino también de nuestros corazones. Cuando Dios nos golpea con la vara del castigo, es su *fidelidad* la que la empuña. Reconocer esto significa que nos humillemos ante Él, sabemos que merecemos Su corrección y, en lugar de murmurar, le agradecemos por ello. Dios nunca aflige sin una razón. “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros” (1Co 11:30), dice Pablo ilustrando este principio. Cuando su vara caiga sobre nosotros, digamos junto con Daniel: “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro” (Dn 9:7).

“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, Y que conforme a *tu fidelidad* me afligiste” (Sal 119:75). Los problemas y las aflicciones no solo son consistentes con el amor de Dios prometido en el pacto eterno, sino que son parte de la administración del mismo. Dios no solo es fiel a pesar de las aflicciones, sino también fiel al enviarlas. “Entonces visitaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi fidelidad” (Sal 89:32-33, RVG 2010). La disciplina no solo es recon-

ciliable con la misericordia de Dios, sino que es el efecto y la expresión de la misma. Tranquilizaría mucho las mentes del pueblo de Dios si recordaran que Su pacto de amor lo obliga a imponerles una corrección razonable. Las aflicciones son necesarias para nosotros: “En su angustia me buscarán” (Os 5:15).

Dios es fiel en *glorificar* a su pueblo. “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1Ts 5:24). La referencia inmediata aquí es a los santos que son guardados irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo (1Ts 5:23). Dios no trata con nosotros basado en nuestros méritos (porque no tenemos ninguno), sino por amor a su propio grande nombre. Dios es siempre igual en sí mismo y también para cumplir Su propio propósito de gracia: “A los que llamó... a éstos también glorificó” (Rm 8:30). Dios da una demostración completa de la constancia de su bondad eterna hacia Sus elegidos al llamarlos efectivamente de la oscuridad a su luz admirable, y esto debería asegurarles completamente la certeza de la continuidad de esta bondad. “El fundamento de Dios *está firme*” (2Ti 2:19). Pablo estaba descansando en la fidelidad de Dios cuando dijo: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2Ti 1:12).

La fe en la fidelidad de Dios

La aprehensión de esta bendita verdad nos *preservará de la preocupación*. Para cuidarnos de ver nuestra situación con malos presentimientos, o anticiparse al día de mañana con triste ansiedad, es reflexionar mal sobre la fidelidad de Dios. El que ha cuidado a su hijo durante todos los años no lo abandonará en la vejez. El que ha escuchado sus oraciones en el pasado no se negará a satisfacer sus necesidades en la emergencia actual. Descansa en Job 5:19: “En seis tribulaciones te libraré, Y en la séptima no te tocará el mal”.

Si retenemos esta bendita verdad se *detendrán nuestros sollozos*. El Señor sabe lo que es mejor para cada uno de nosotros, y un efecto de descansar en esta verdad será el silenciamiento de nuestras quejas petulantes. Dios se siente muy honrado cuando, bajo prueba y castigo tenemos buenos pensamientos de Él, vindicamos Su sabiduría y justicia, y reconocemos Su amor en Sus mismas reprensiones.

Si retenemos esta bendita verdad engendrará una *confianza cada vez mayor en Dios*. “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el

bien” (1P 4:19). Cuanto más nos resignemos con confianza, y pongamos todos nuestros asuntos en las manos de Dios, de manera que estemos completamente convencidos de su amor y fidelidad, tanto más estaremos satisfechos con su providencia y nos daremos cuenta de que “bien lo ha hecho *todo*” (Mr 7:37).

Capítulo 11

La bondad de Dios

La bondad de Dios revelada

“La misericordia de Dios es continua” (Sal 52:1). La bondad de Dios se refiere a la perfección de su naturaleza: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1Jn 1:5). Hay una perfección tan absoluta en la naturaleza y el ser de Dios que nada le falta o es defectuoso, y no se le puede agregar nada para mejorarla.

Él es originalmente bueno, bueno en sí mismo, como nadie más lo es; porque todas las criaturas son buenas solo por participación y comunicación de la bondad de Dios. Él es esencialmente bueno; no solo el bien, sino la bondad misma: el bien de la criatura es una cualidad añadida, pero en Dios es su esencia. Él es infinitamente bueno; el bien de la criatura no es más que una gota, pero en Dios es un océano infinito repleto del bien. Él es eterna e inmutablemente bueno, porque Él no puede ser menos bueno de lo que es; como mismo no se le puede agregar nada, tampoco se le puede quitar nada (Thomas Manton).

Dios es *summum bonum*, esto es, el bien supremo.

La palabra Dios en inglés (*God*) proviene de la palabra sajona utilizada para Bueno (*Good*). Dios no solo es el más grande de todos los seres, sino el mejor. Toda la bondad que hay en cualquier criatura le ha sido impartida por el Creador, pero la bondad de Dios no es derivada de ningún otro, porque es la esencia de Su naturaleza eterna. Desde toda la eternidad Dios era poderoso aún antes de que manifestase su poder infinito en algún acto de omnipotencia, de la misma manera Él ya era eternamente bueno antes de que se comunicara Su generosidad hacia cualquier criatura a quien se le pudiera impartir. Así, la primera manifestación de esta perfección divina fue darle el ser a todas las cosas. “Bueno eres tú, y bienhechor” (Sal 119:68). Dios tiene en sí un tesoro infinito e inagotable de toda bendición, suficiente para llenar todas las cosas.

Todo lo que emana de Dios (sus decretos, su creación, Sus leyes, Sus providencias) no puede ser más que bueno: como está escrito, “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn 1:31). Así, la bondad de Dios se ve, primero, en la creación. Cuanto más se estudia la criatura, más se hace evidente la beneficencia de su Creador. Por ejemplo, tomemos a la más alta de las criaturas terrenales creada por Dios: el hombre. Tendríamos abundante razón para decir junto con el salmista: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; Estoy maravillado, Y mi alma lo sabe muy bien” (Sal 139:14). Todo sobre la estructura de nuestros cuerpos atestigua la bondad de su Creador. ¡Qué adecuado es para las manos realizar su trabajo asignado! ¡Qué bondad de parte del Señor designar el sueño para refrescar el cuerpo cansado! ¡Qué benevolente su provisión para dar a los ojos párpados y cejas para su protección! Y así podríamos continuar indefinidamente.

Tampoco la bondad del Creador se limita al hombre; sino que se ejerce hacia todas Sus criaturas. “Los ojos de todos esperan en ti, Y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, Y colmas de bendición a todo ser viviente” (Sal 145:15-16). Se podrían escribir volúmenes enteros, sí, para amplificar este hecho. Ya se trate de las aves del cielo, las bestias del bosque o los peces en el mar, se han suministrado abundantes provisiones para satisfacer todas sus necesidades. Dios “da alimento a todo ser viviente, Porque para siempre es su misericordia” (Sal 136:25). Verdaderamente: “De la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Sal 33:5).

La bondad de Dios se ve en la variedad de placeres naturales que ha provisto para Sus criaturas. Dios podría haber estado complacido de satisfacer nuestra hambre sin que la comida fuera agradable a nuestros paladares, ¡cómo aparece Su benevolencia en los variados sabores que ha dado a las carnes, verduras y frutas! Dios no solo nos ha dado sentidos, sino también aquello que los satisface; y esto también revela su bondad. La tierra podría haber sido tan fértil como lo es sin que su superficie sea tan hermosamente colorida. Nuestra vida física podría haberse sostenido sin hermosas flores para deleitar nuestros ojos con sus colores, o nuestras fosas nasales con sus dulces perfumes. Podríamos haber caminado por los campos sin que nuestros oídos fuesen saludados por la música de los pájaros. ¿De dónde, entonces, esta belleza, este encanto tan libremente difundido sobre la faz de la naturaleza? En verdad, las tier- nas misericordias del Señor son “sobre todas sus obras” (Sal 145:9).

La bondad de Dios se ve en que, cuando el hombre transgredió la Ley de su Creador, no comenzó de inmediato una dispensación de pura ira. Bien podría Dios haber privado a Sus criaturas caídas de cada bendición, cada consuelo, cada placer. En cambio, introdujo un régimen de naturaleza mixta: de misericordia y de juicio. Esto es muy maravilloso si se considera debidamente, y cuanto más se examine dicho régimen, más parecerá que “la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg 2:13). A pesar de todos los males que contribuyen a nuestro estado caído, el equilibrio con el bien predomina en gran medida. Con excepciones relativamente raras, los hombres y las mujeres experimentan una cantidad mucho mayor de días de salud que de enfermedad y dolor. En el mundo, hay mucha más felicidad en las criaturas que miseria. Incluso nuestras penas admiten un alivio considerable, y Dios le ha dado a la mente humana una flexibilidad que se adapta a las circunstancias y las aprovecha al máximo.

Tampoco se puede poner en tela de juicio la benevolencia de Dios porque exista el sufrimiento y la tristeza en el mundo. Si el hombre peca contra la bondad de Dios, si “menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad” (Rm 2:4-5), y si además por su dureza y su corazón no arrepentido, atesora para él mismo ira, para el día de la ira, ¿quién tiene la culpa sino él mismo? ¿Sería Dios “bueno” si no castigara a quienes malgasten Sus bendiciones, abusen de su benevolencia y pisoteen Sus misericordias bajo sus pies? Cuando libere a la tierra de aquellos que violaron Sus leyes, desafiaron su autoridad, se burlaron de Sus mensajeros, despreciaron a su Hijo y persiguieron a aquellos por quienes murió, no será un simple reflejo de la bondad de Dios, sino más bien la mejor muestra de ella.

La bondad de Dios apareció más ilustremente cuando envió a su Hijo “Nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá 4:4-5). Entonces fue que una multitud de la hueste celestial elogió a su Hacedor y dijo: “¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lc 2:14). Sí, en el Evangelio la gracia [que es la palabra griega que transmite la idea de benevolencia o bondad], esta “gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tit 2:11). Tampoco se puede poner en tela de juicio la benignidad de Dios porque no ha hecho que toda criatura pecaminosa sea motivo de su gracia redentora. No la otorgó a los ángeles caídos. Si Dios hubiera dejado a todos pere-

cer, no habría sido un reflejo de su bondad. A cualquiera que cuestione esta declaración, le recordaremos la prerrogativa soberana de nuestro Señor: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” (Mt 20:15).

Alabado sea el Señor por su bondad.

“Alaben la misericordia de Jehová, Y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Sal 107:8). La gratitud es la justa retribución requerida a aquellos que fueron beneficiados; sin embargo, a menudo le es negada a nuestro gran Benefactor simplemente porque su bondad es tan constante y abundante. Se estima ligeramente porque se ejerce hacia nosotros en el curso común de los acontecimientos. No se siente porque la experimentamos a diario. “¿*Menosprecias* las riquezas de su benignidad?” (Rm 2:4). Su bondad es “menospreciada” cuando no se muestra como un medio para llevar a los hombres al arrepentimiento, sino que, por el contrario, sirve para endurecerlos con respecto a la suposición de que Dios pasa por alto completamente su pecado.

La bondad de Dios es la vida de la confianza del creyente. Es esta excelencia en Dios la que más atrae a nuestros corazones. Debido a que su bondad permanece para siempre, nunca debemos desanimarnos: “Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían” (Nah 1:7).

Cuando los demás se portan mal con nosotros, esto solamente debería movernos de todo corazón a dar gracias al Señor, porque Él es bueno; y cuando somos conscientes de que estamos lejos de ser buenos, solo debemos bendecirle con más reverencia por ser tan bueno. Nunca debemos tolerar la incredulidad momentánea con respecto a la bondad del Señor; cualquier otra cosa puede cuestionarse, pero esto es absolutamente cierto, que Jehová es bueno; Sus dispensaciones pueden variar, pero su naturaleza es siempre la misma (C.H. Spurgeon).

Capítulo 12

La paciencia de Dios

Se ha escrito mucho menos sobre esto que sobre las otras excelencias del carácter divino. No pocos de los que se han expandido extensamente sobre los atributos divinos han pasado por alto la paciencia de Dios sin ningún comentario. No es fácil sugerir una razón para esto, porque seguramente la paciencia de Dios es una de las perfecciones divinas tanto como lo es su sabiduría, poder o santidad, tanto como para ser admirada y venerada por nosotros. Es cierto que el término mismo no se encontrará en una concordancia con tanta frecuencia como los demás, pero la gloria de esta gracia misma brilla en casi todas las páginas de las Escrituras. Ciertamente es que perdemos mucho si no meditamos con frecuencia sobre la paciencia de Dios y oramos fervientemente para que nuestros corazones y caminos enteramente se conformen más a ella.

Probablemente, la razón principal por la que tantos escritores no han podido darnos nada, por separado, sobre la paciencia de Dios se debió a la dificultad de distinguir este atributo de la bondad y la misericordia divinas, particularmente la última. La paciencia de Dios se menciona junto con su gracia y misericordia una y otra vez, como se puede ver al consultar Éxodo 34:6, Números 14:18, Salmo 86:15, etc. No se puede negar que la *paciencia* de Dios es realmente una muestra de su *misericordia*, que de hecho es una forma en que se manifiesta con frecuencia. Pero no podemos estar de acuerdo que esa paciencia y misericordia son una y la misma excelencia, y mucho menos decir que no deben separarse. Puede que no sea fácil discriminar entre ellas, sin embargo, la Escritura nos garantiza completamente que podamos afirmar algunas cosas sobre la una que no podemos afirmar sobre la otra.

La paciencia de Dios prevalece

Stephen Charnock, el puritano, define la paciencia de Dios, en parte, así:

Es parte de la bondad y la misericordia divinas, pero difiere de ambas. Siendo Dios mismo la mayor bondad, tiene la mayor dulzura; la suavidad es siempre la compañera de la verdadera bondad, y cuanto mayor es la bondad, mayor es la suavidad. ¿Quién tan santo como Cristo y quién tan manso? La lentitud de Dios para la ira es una rama... de Su misericordia: “Clemente y misericordioso es Jehová, Lento para la ira, y grande en misericordia” (Sal 145:8). Difiere de la misericordia en la consideración formal del objeto: la misericordia respecta a la criatura como miserable, la paciencia respecta a la criatura como criminal; la misericordia le compadece en su miseria, y la paciencia tiene que ver con el pecado que engendró la miseria, y está dando a luz a más.

Personalmente, definiríamos la paciencia divina como el poder de control que Dios ejerce sobre sí mismo, es aquello que le lleva a soportar a los malvados y a refrenarse tanto de castigarlos. En Nahúm 1:3 leemos: “Jehová es tardo para la ira y grande en poder”, sobre lo cual el Sr. Charnock dijo:

Los hombres que son grandes en el mundo se apresuran a apasionarse, y no están tan listos para perdonar una ofensa, o soportar a un malhechor, como alguien de la peor calaña. Es la falta de poder sobre el ser del hombre lo que lo lleva a hacer cosas impropias cuando es provocado. Un príncipe que puede frenar sus pasiones es un rey sobre sí mismo y sobre sus súbditos. Dios tarda en enojarse porque tiene un gran poder. Él no tiene menos poder sobre sí mismo que sobre Sus criaturas.

Es en el punto anterior que pensamos que la paciencia de Dios se distingue más claramente de su misericordia. Aunque la criatura se beneficia de ella, la paciencia de Dios principalmente es en relación con sí mismo, una restricción impuesta a Sus actos por Su voluntad; mientras que Su misericordia termina por completo sobre la criatura. La paciencia de Dios es esa excelencia que le hace sufrir grandes heridas sin vengarse de inmediato. Él tiene el poder de la paciencia de la misma manera que el poder de la justicia. Así, la palabra hebrea para la paciencia divina se traduce como “tardo para la ira” en Nehemías 9:17, Salmos 103:8, etc. No es que haya pasiones en la naturaleza divina, sino que la sabiduría y la voluntad

de Dios se complacen en actuar con esa grandeza y sobriedad que está arraigada a Su excelsa majestad.

En apoyo de nuestra definición anterior, señalemos que fue a esta excelencia en el carácter divino a lo que Moisés recurrió, cuando Israel pecó tan gravemente en Cades-Barnea, y allí provocó a Jehová tan gravemente. A su siervo el Señor le dijo: “Yo le heriré de mortandad, y lo destruiré”. Entonces fue que el mediador Moisés, como un tipo del Cristo venidero, suplicó: “Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el *poder* del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira” (Nm 14:17-18). Por lo tanto, su “paciencia” es Su “*poder*” de autocontrol.

Nuevamente, en Romanos 9:22 leemos: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?”. Si Dios rompiera inmediatamente estos vasos reprobados en pedazos, su poder de autocontrol no aparecería tan eminentemente; al soportar tanto tiempo sus maldades y dilatando el castigo, se demuestra gloriosamente el poder de su paciencia. Es cierto que los malvados interpretan su paciencia de manera muy diferente: “Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ec 8:11), pero el ojo del santo adora aquello que otros abusan.

“El Dios de la paciencia” (Rm 15:5) es uno de los títulos divinos. Dios se denomina a sí mismo de esta manera, primero, porque Dios es tanto el Autor como el Objeto de la paciencia en cada santo, la cual les es dada por gracia. En segundo lugar, porque esto es lo que Él es en sí mismo: la paciencia es una de Sus perfecciones. En tercer lugar, como un patrón para nosotros: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de *paciencia*” (Col 3:12). Y de nuevo: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Ef 5:1). Cuando sientas la tentación de disgustarte por la torpeza de otro, o de vengarte de alguien que te ha perjudicado, trae a la memoria la infinita paciencia de Dios y tu paciencia contigo mismo.

La paciencia de Dios: antes y ahora

La paciencia de Dios se manifiesta en *Sus tratos con los pecadores*. Cuán notablemente se mostró esta hacia los antediluvianos. Cuando la humanidad estaba universalmente degenerada, y toda

carne había corrompido su camino, Dios no los destruyó hasta que los advirtió. Él “esperaba” (1P 3:20), probablemente no menos de 120 años (Gn 6:3), tiempo durante el cual Noé fue un “pregonero de justicia” (2P 2:5). Entonces, más tarde, cuando los gentiles no solo adoraban y servían a la criatura antes que al Creador, sino que también cometían las abominaciones más viles contrarias incluso a los dictados de la naturaleza (Rm 1:19-26) y así colmaban la medida de su iniquidad, sin embargo, en lugar de sacar su espada para el exterminio de tales rebeldes, Dios “ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” y les dio “lluvias del cielo y tiempos fructíferos” (Hch 14:16-17).

La paciencia de Dios fue ejercida y manifestada maravillosamente *hacia Israel*. En primer lugar, soportó sus costumbres durante cuarenta años en el desierto (Hch 13:18). Más tarde, cuando entraron en Canaán, pero siguieron las malas costumbres de las naciones que los rodeaban, y se volvieron hacia la idolatría, aunque Dios los castigó con dureza, no los destruyó por completo, sino que en su angustia, les levantó libertadores. Cuando su iniquidad se elevó a tal altura que nadie más que un Dios de paciencia infinita podría haberlos soportado, los libró por muchos años antes de permitir que los llevaran a Babilonia. Finalmente, cuando su rebelión contra Él alcanzó su punto culminante al crucificar a Su Hijo, esperó cuarenta años antes de enviar a los romanos contra ellos, y eso, solo después de que ellos mismos se juzgaron indignos de la vida eterna (Hch 13:46).

Qué maravillosa es la paciencia *de Dios con el mundo de hoy*. Por todos lados la gente está pecando a diestra y siniestra. La Ley divina es pisoteada y Dios mismo es despreciado abiertamente. Es realmente sorprendente que no mate instantáneamente a aquellos que lo desafían tan descaradamente. ¿Por qué no corta repentinamente al arrogante infiel y al blasfemo descarado, como hizo con Ananías y Safira? ¿Por qué no hace que la tierra abra su boca y devore a los perseguidores de su pueblo, para que, como Datán y Abiram, desciendan vivos al abismo? ¿Y qué hay de la cristiandad apóstata, donde cada forma posible de pecado es ahora tolerada y practicada al amparo del santo nombre de Cristo? ¿Por qué la justa ira del cielo no pone fin a tales abominaciones? Solo es posible una respuesta: porque Dios soporta “con *mucha* paciencia los vasos de ira, preparados para destrucción”.

¿Y qué hay del escritor y el lector? Repasemos nuestras propias vidas. No ha pasado mucho desde que *nosotros* fuimos hacedores de maldad, cuando no nos importaba la gloria de Dios y vivíamos solo para satisfacernos a nosotros mismos. ¡Cuán pacientemente Él soportó nuestra vil conducta! Y ahora que la gracia nos ha arrebatado del fuego como a un tizón encendido, y nos ha dado un lugar en la familia de Dios, y nos hizo renacer para una herencia eterna en gloria, cuán miserablemente le retribuimos. ¡Cuán superficial es nuestra gratitud, cuán tardía es nuestra obediencia, cuán frecuentes son nuestros retrocesos! Una razón por la cual Dios soporta que el creyente aún esté en la carne es porque puede mostrar que Él es “paciente *para con nosotros*” (2P 3:9). Dado que este atributo divino se manifiesta solo en este mundo, Dios aprovecha para mostrarlo hacia “los suyos”.

La escuela de la santa experiencia.

Que nuestra meditación sobre esta excelencia divina ablande nuestros corazones, haga que nuestras conciencias estén tiernas y que podamos aprender en la escuela de la experiencia sagrada la “paciencia de los santos”, es decir, la sumisión a la voluntad divina y perseverando en bien hacer. Busquemos sinceramente la gracia para imitar esta excelencia divina. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt 5:48). En el contexto inmediato de este versículo, Cristo nos exhorta a amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, hacer el bien a los que nos odian. Dios soporta mucho a los malvados a pesar de la multitud de sus pecados, entonces ¿desearemos vengarnos nosotros por una sola ofensa?

Capítulo 13

La gracia de Dios

Una perfección del carácter divino.

La gracia es una perfección del carácter divino que es ejercida solo sobre los elegidos. Ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo se menciona la gracia de Dios en relación con la humanidad en general, y menos aún con los órdenes inferiores de Sus criaturas. En esto se distingue de la “misericordia”, porque la misericordia de Dios está “sobre todas sus obras” (Sal 145:9). La gracia es la única fuente de la cual fluye la buena voluntad, el amor y la salvación de Dios hacia su pueblo elegido. Abraham Booth definió este atributo del carácter divino en su valioso libro *El Reino de la Gracia* de la siguiente manera:

Es el eterno y absoluto favor libre de Dios, manifestado en conceder bendiciones espirituales y eternas a los culpables e indignos.

La gracia divina es el favor soberano y salvador de Dios ejercido en el otorgamiento de bendiciones a aquellos que no tienen mérito en ellos y por dichas bendiciones no *se les exige* compensación. Aún más; es el favor de Dios que se muestra a aquellos que no solo no tienen nada positivo en ellos, sino que son completamente merecedores de males y del infierno. La gracia es completamente inmerecida y no solicitada por quien la recibe, y no es dada porque Dios se sienta atraído por la criatura para dársela. La gracia no puede ser comprada ni ganada por la criatura. Pues de lo contrario, dejaría de ser *gracia*. Cuando se dice que una cosa es por “gracia”, queremos decir que el receptor de la misma no tiene derecho a reclamarla, que de ninguna manera era una deuda. La gracia le es dada de pura caridad, y, en principio: sin haberla pedido o deseado.

La exposición más completa de la asombrosa gracia de Dios se encuentra en las Epístolas del Apóstol Pablo. En sus escritos, la “gracia” se opone directamente a las obras y al merecimiento, sí, se opone a *todas* las obras y a todo merecimiento de cualquier tipo o grado. Esto está muy claro en Romanos 11:6: “Y si por gracia, ya no

es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Rm 11:6). La gracia y las obras no se unirán más que un ácido con un alcalino. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef 2:8-9). El favor absoluto de Dios no puede consistir de ninguna manera en el mérito humano, de la misma manera como no es posible que el aceite y el agua se fusionen en un solo líquido (ver también Rom 4:4-5).

Hay tres características principales de la gracia divina. Primero, es *eterna*. La gracia fue planeada antes de ser ejercida, y tenía un propósito antes de ser impartida: “quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2Ti 1:9). En segundo lugar, es *gratuita*, ya que nadie la compró: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rm 3:24). En tercer lugar, es soberana, porque Dios la ejerce y se la otorga a quien Él quiere para que: “*así también la gracia reine*” (Rm 5:21). Si la gracia “reina”, entonces está en el trono, y el ocupante del trono es soberano. De ahí que escuchemos sobre el “*trono de la gracia*” (Heb 4:16).

La selección soberana de Dios

Y debido a que la gracia es un favor *inmerecido*, debe ejercerse de manera *soberana*. Por lo tanto, el Señor declara: “tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Éx 33:19). Si Dios mostrara gracia a todos los descendientes de Adán, los hombres razonarían de inmediato que Él se vio obligado a llevarlos al cielo como compensación por haber permitido que la raza humana cayera en pecado. Pero el gran Dios no tiene ninguna obligación con ninguna de Sus criaturas, y menos aún con aquellos que son rebeldes contra Él.

La vida eterna es un *regalo*, por lo tanto, no puede ganarse con buenas obras, ni reclamarse como un derecho. Al ver que la salvación es un “regalo”, ¿quién tiene derecho a decirle a Dios a quién debe otorgársela? No es que el Dador alguna vez *niegue* este regalo a cualquiera que lo busque de todo corazón, y de acuerdo con las reglas que Él ha prescrito. ¡No! Él no rechaza a ninguno que venga a Él con las manos vacías y en la forma que Él a señalado. Pero si en un mundo de rebeldes impenitentes e incrédulos, Dios está de-

cidido a ejercer su derecho soberano eligiendo un número limitado para ser salvo, ¿a quién perjudicará? ¿Acaso está Dios *obligado* a dar su don a quienes no lo valoran? ¿Acaso está Dios obligado a salvar a aquellos que están decididos a seguir *su propio* camino?

Pero no hay nada que enoje más al hombre natural, ni nada que saque a la superficie su enemistad innata y arraigada contra Dios, que cuando se le habla al hombre acerca de la eterna, libre y absoluta soberanía de la gracia divina. Que Dios haya formado su propósito desde la eternidad, sin consultar a la criatura, es demasiado humillante para el corazón no quebrantado. Que la gracia no puede ser ganada por ningún esfuerzo del hombre es demasiado frustrante para la justicia propia. Y esa gracia es dada a quienes le plazca, por lo que provoca acaloradas protestas de los rebeldes arrogantes. El barro se levanta contra el Alfarero y pregunta: “¿Por qué me has hecho así?” Un insurrecto sin ley se atreve a cuestionar la justicia de la soberanía divina.

La gracia distintiva de Dios se ve en que Él salva a aquellas personas a las que Él ha señalado soberanamente como Sus favoritas. Y cuando usamos la palabra “distintiva” queremos decir que la gracia discrimina, hace diferencias, elige a algunas personas y pasa por alto a otras. Fue la gracia distintiva la que seleccionó a Abraham de entre sus vecinos idólatras y lo convirtió en el “amigo de Dios”. Fue la gracia distintiva la que salvó a “publicanos y a pecadores”, pero que, sin embargo, dijo de los fariseos religiosos: “Dejadlos” (Mt 15:14). En ningún lugar la gloria de la gracia libre y soberana de Dios brilla más que en la indignidad y la bajeza de aquellos a quienes es dada. Esto fue ilustrado por James Hervey, (1751) de una hermosa manera:

Donde ha abundado el pecado, dice la proclamación de la corte del cielo, la gracia abunda mucho más. Manasés era un bárbaro monstruoso, porque hizo que sus propios hijos pasaran por el fuego y llenó a Jerusalén de sangre inocente. Manasés era un experto en iniquidad, porque no solo multiplicó, y en un grado extravagante, sus propias impiedades sacrílegas, sino que envenenó los principios y pervirtió los modales de sus súbditos, haciéndolos peores que el más detestable de los idólatras paganos (ver 2Cr 33). Sin embargo, a través de esta gracia superabundante se humilla, se reforma y se convierte en un hijo del amor que lo perdonó, un heredero de la gloria inmortal.

He aquí ese amargo y sangriento perseguidor, Saulo; cuando, respirando amenazas y empeñado en la matanza, él angustió a los corderos y mató a los discípulos de Jesús. Los estragos que había cometido, las familias inofensivas que ya había arruinado no fueron suficientes para calmar su espíritu vengativo. Eran solo un sabor que, en lugar de satisfacer al sabueso, lo hizo seguir más de cerca la pista y jadear más ansiosamente por la destrucción. Todavía tiene sed de violencia y asesinato. Tan ansiosa e insaciable es su sed, que incluso respira “amenazas y muerte” (Hch 9:1). Sus palabras son lanzas y flechas, y su lengua una espada afilada. Es tan natural para él amenazar a los cristianos como respirar el aire. Sangrando conforme a los propósitos de su corazón rencoroso. Es solo debido a la falta de poder que cada sílaba que pronuncia, cada respiración que respira no reparte las muertes y hace que algunos de los discípulos inocentes caigan. ¿Quién, según los principios del juicio humano, no lo habría declarado como vaso de ira, destinado a la condena inevitable? Aún más, ¿quién no habría estado listo para concluir que, si hubiera cadenas más pesadas y una mazmorra más profunda en el mundo del infortunio, seguramente deberían estar reservadas para un enemigo tan implacable de la verdadera piedad? Sin embargo, admire y adore los tesoros inagotables de la gracia: este Saulo es admitido en la comunión de los profetas, está contado con el noble ejército de mártires y es una figura distinguida entre la gloriosa compañía de los apóstoles.

Los corintios eran clara y vergonzosamente malvados; incluso se volvieron proverbio [hasta el punto de convertirse en una frase estándar en el idioma]. Algunos de ellos se revolcaron en vicios tan abominables y se habituaron a actos de injusticia tan escandalosos, que ellos mismos se convirtieron en un insulto a la naturaleza humana. Sin embargo, incluso estos hijos de violencia y esclavos de sensualidad fueron lavados, santificados y justificados (1Co 6:9-11). “Lavados”, en la preciosa sangre de un Redentor moribundo; “Santificados” por las poderosas operaciones del Espíritu bendito; “Justificado” a través de las infinitamente tiernas misericordias de un Dios lleno de gracia. Aquellos que alguna vez fueron una carga para el resto de las personas ahora son la alegría del cielo, el deleite de los ángeles.

Ahora la gracia de Dios se manifiesta *en, por y a través del Señor Jesucristo*. “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1:17). Esto no significa que Dios nunca ejerció gracia hacia nadie antes de que Su Hijo se encarnara: Génesis 6:8, Éxodo 33:19, etc., claramente muestran lo contrario. Pero la gracia y la verdad fueron completamente reveladas y perfectamente ejemplificadas cuando el Redentor vino a esta tierra y murió por Su pueblo en la cruz. Es solo a través de Cristo el Mediador que la gracia de Dios fluye hacia Sus elegidos. “Abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo... mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia... así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Rm 5:15,17,21).

La gracia de Dios se *proclama en el Evangelio* (Hch 20:24), la cual es una “piedra de tropiezo” para el judío con justicia propia, y para el engreído y filósofo griego es “necedad”. ¿Y por qué es esto así? Porque no hay nada en el evangelio que se adapte a la satisfacción del orgullo del hombre. Anuncia que a menos que seamos salvos por gracia, no podemos ser salvos en lo absoluto. Declara que, Cristo es el don inefable y que sin Cristo, el estado de cada hombre es desesperado, irremediable y sin esperanza. El Evangelio se dirige a los hombres como criminales culpables, condenados a perecer. Declara que el moralista más casto está en la misma situación terrible que el despilfarrador más sensual; y el profesante celoso, con todas sus actuaciones religiosas, no está mejor que el infiel más profano.

El Evangelio contempla a cada descendiente de Adán como un pecador caído, contaminado, impotente y merecedor del infierno. La gracia que publica el Evangelio es su única esperanza. Todos están ante Dios condenados como transgresores de su santa ley, como delincuentes culpables y condenados, que no solo están esperando sentencia, sino que la ejecución de la sentencia ya les fue impuesta (Jn 3:18; Rom 3:19). Quejarse contra la parcialidad de la gracia es un acto suicida. Si el pecador insiste en recibir pura justicia, entonces el Lago de Fuego debe ser su porción eterna. Su única esperanza radica en inclinarse ante la sentencia que la justicia divina le ha impuesto, entendiendo la justicia absoluta de la misma, arrojándose a la misericordia de Dios y extendiendo las manos va-

cías para aprovechar la gracia de Dios que ahora se le ha dado a conocer en el evangelio.

La tercera persona en la Deidad es el *Comunicador de la gracia*, por lo tanto, se le denomina “el Espíritu de gracia” (Zac 12:10). Dios el Padre es la fuente de toda gracia, porque se propuso en sí mismo el pacto eterno de la redención. Dios el Hijo es el único canal de gracia. El Evangelio es el pregonero de la gracia. El Espíritu es el Suministrador. Él es quien aplica el Evangelio al alma con poder salvador: avivando a los elegidos mientras están espiritualmente muertos, conquistando sus voluntades rebeldes, derritiendo sus corazones duros, abriendo sus ojos ciegos, limpiándolos de la lepra del pecado. Por lo tanto, podemos decir con el difunto G. S. Bishop:

La gracia es una provisión para aquellos hombres que están tan caídos que no pueden levantar el hacha de la justicia, tan corruptos que no pueden cambiar su propia naturaleza, tan desobedientes a Dios que no pueden volverse a Él, tan ciegos que no pueden verlo, tan sordos que no pueden escucharlo, y tan muertos que Él mismo debe abrir sus tumbas y levantarlos a la resurrección.

Capítulo 14

La misericordia de Dios

La misericordia de Dios se origina en su bondad.

“Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Sal 136:1). Por esta perfección del carácter divino, Dios es grandemente alabado. Y luego, aún tres veces más, el salmista aquí llama a los santos a dar gracias al Señor por este atributo admirable. Y seguramente esto es lo menos que se les puede pedir a quienes han recibido tal recompensa. Cuando contemplamos las características de esta excelencia divina, no podemos hacer otra cosa que bendecir a Dios por ello. Su misericordia es “grande” (1R 3:6; Sal 86:5; 1P 1:3), es “entrañable” (Lc 1:78), es “desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen” (Sal 103:17). Bien podemos decir junto con el salmista: “Alabaré de mañana tu misericordia” (Sal 59:16).

“Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente.” (Éx 33:19). ¿En qué difiere la “misericordia” de Dios de su “gracia”? La misericordia de Dios tiene su origen en la bondad divina. La primera cuestión de la bondad de Dios es su benignidad o generosidad, mediante la cual Él da generosamente a Sus criaturas como criaturas que son; así ha dado ser y vida a todas las cosas. La segunda cuestión de la bondad de Dios es su misericordia, que denota la inclinación de Dios a aliviar la miseria de las criaturas caídas. Así, la misericordia presupone el *pecado*.

Aunque puede no ser fácil en la primera consideración percibir una diferencia real entre la gracia y la misericordia de Dios, nos ayuda si reflexionamos cuidadosamente sobre su trato con los ángeles no caídos. Él nunca ha ejercido misericordia hacia ellos, ya que nunca han tenido ninguna necesidad de ello, pues no han pecado ni están bajo los efectos de la maldición. Sin embargo, ciertamente ellos sí reciben la gracia libre y soberana de Dios de la siguiente manera. En primer lugar, porque Dios los *eligió* a ellos de entre

toda la raza angelical (1Ti 5:21). En segundo lugar, porque al elegirlos, también los *preservó* de la apostasía que ocurrió cuando Satanás se rebeló y arrastró con él un tercio de las huestes celestiales (Ap 12:4). En tercer lugar, al hacer de Cristo la *Cabeza* de ellos (Col 2:10; 1P 3:22); por este motivo ellos están eternamente asegurados en la santa condición en la que fueron creados. En cuarto lugar, por la *posición* exaltada que les ha sido asignada: que es vivir en la presencia inmediata de Dios, para servirle constantemente en Su templo celestial (Dan 7:10), y para recibir honorables encargos de parte de Él (Heb 1:14). Esta es *gracia* abundante hacia ellos; pero no es “misericordia”.

Al tratar de estudiar la misericordia de Dios tal como se establece en la Escritura, se debe hacer una triple distinción, ya que veremos “trazar bien la palabra de verdad”. En primer lugar, hay una misericordia *general* de Dios, que se extiende no solo a todos los hombres, creyentes y no creyentes por igual, sino también a toda la creación: “sus misericordias [son] sobre todas Sus obras” (Sal 145:9); “él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (Hch 17:25). Dios tiene piedad de la creación salvaje cuando tiene necesidad, y les proporciona una provisión adecuada. En segundo lugar, existe una misericordia *especial* de Dios, que se ejerce hacia los hijos de los hombres, ayudándolos y socorriéndolos, a pesar de sus pecados. A ellos también les comunica todas las necesidades de la vida: Él “hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5:45). En tercer lugar, existe una misericordia *soberana* que está reservada para los herederos de la salvación, la cual se les comunica de manera pactada, a través del Mediador.

El otorgamiento de su misericordia

Siguiendo un poco más allá vemos la diferencia entre la segunda y la tercera distinción señaladas anteriormente; es importante notar que las misericordias que Dios otorga a los impíos son únicamente de naturaleza *temporal*; es decir, se limitan estrictamente a esta vida presente. No habrá misericordia extendida hacia ellos más allá de la tumba: “aquél no es pueblo de entendimiento; por tanto, su Hacedor no tendrá de él misericordia, ni se compadecerá de él el que lo formó” (Is 27:11). Pero en este punto, una dificultad puede sugerirle a algunos de nuestros lectores, que sería la siguiente: ¿No afirma la Escritura que “para siempre es su misericordia” (Sal 136:1)? Hay que señalar dos cosas a ese respecto. Dios nunca

puede dejar de ser misericordioso, porque esta es una cualidad de la esencia divina (Sal 116:5); pero la *ejecución* de su misericordia está regulada por su voluntad soberana. Esto debe ser así, porque no hay nada fuera de Sí mismo que lo obligue a actuar; pues si existiera, ese “algo” sería *supremo*, y Dios dejaría de ser *Dios*.

Solamente la pura gracia soberana es quien determina la ejecución de la misericordia divina. Dios afirma expresamente este hecho en Romanos 9:15, “Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia”. No es la miseria de la criatura lo que hace que Él muestre misericordia, porque Dios no está influenciado por cosas fuera de sí mismo como nosotros. Si Dios *fuera* influenciado por la humillante miseria de los pecadores leprosos, los limpiaría y salvaría a *todos*. Pero él no lo hace. ¿Por qué? Simplemente porque no le place hacerlo y porque no es su propósito hacerlo. Y aún más imposible es que los méritos de las criaturas sean quienes muevan a Dios a otorgarles Su misericordia, ya que es una contradicción hablar de *merecer* “misericordia” pues: “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tit 3:5), aquí vemos que estos dos conceptos se oponen entre sí. Tampoco es el mérito de Cristo lo que mueve a Dios a otorgar misericordias a Sus elegidos: eso sería sustituir el efecto por la causa. Es “a través” o debido a la tierna misericordia de nuestro Dios que Cristo fue enviado a su pueblo (Lc 1:78). ¡Los méritos de Cristo hacen posible que Dios con *justicia* otorgue misericordias espirituales a Sus elegidos, la justicia ha sido plenamente satisfecha por el garante! No, la misericordia surge *únicamente* del placer soberano de Dios.

¿Quién recibirá las misericordias de Dios?

De nuevo, aunque sea cierto, bendita y gloriosamente cierto, que la misericordia de Dios es “para siempre”, sin embargo, debemos observar cuidadosamente los objetos *a quienes* se les muestra su “misericordia”. Incluso el reprobado, al ser lanzado al Lago de Fuego, eso ya es un acto de *misericordia*. El castigo de los impíos debe contemplarse desde un triple punto de vista. Por parte de Dios, es un acto de *justicia*, reivindicando su honor. La misericordia de Dios nunca se muestra si puede perjudicar su santidad y justicia. Desde el punto de vista de los reprobados, es un acto de *equidad*, porque se les hace sufrir la debida recompensa de sus iniquidades. Pero desde el punto de vista de los redimidos, el castigo de los impíos es un acto de *misericordia indescriptible*. ¡Cuán terrible

sería que el orden actual de las cosas continuase para siempre! Sería terrible que los hijos de Dios estuviesen obligados a vivir en medio de los hijos del Diablo. El cielo dejaría de ser cielo de inmediato si los oídos de los santos tuviesen que escuchar el lenguaje blasfemo y sucio de los reprobados. ¡Qué gran misericordia es que en la Nueva Jerusalén “no entrará... ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira” (Ap 21:27)!

Para que el lector no piense que en el último párrafo hemos estado recurriendo a nuestra imaginación, recurramos a la Sagrada Escritura en apoyo de lo que se ha dicho. En el Salmo 143:12 encontramos a David orando: “Y por tu misericordia disiparás a mis enemigos, Y destruirás a todos los adversarios de mi alma, Porque yo soy tu siervo”. De nuevo, en el Salmo 136:15 leemos que Dios “arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo, Porque para siempre es su *misericordia*” (Sal 136:15). Fue un acto de venganza sobre Faraón y su ejército, pero fue un acto de misericordia para los israelitas. De nuevo, en Apocalipsis 19:1-3 leemos:

“Oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.” (Ap 19:3)

De lo que acabamos de ver, notemos cuán vana es la presuntuosa esperanza de los impíos, quienes, a pesar de su continuo desafío a Dios, sin embargo, cuentan con que Él sea misericordioso con ellos. Cuántos hay que dicen, no creo que Dios me arroje al infierno; Él es muy misericordioso. Tal esperanza es una víbora, que si la acarician los morderá. Dios es Dios tanto de justicia como de misericordia, y ha declarado expresamente que “de ningún modo dará por inocente al culpable” (Éx 34:7, RVG 2010). Sí, Él ha dicho: “Los malos *serán* trasladados al Seol, Todas las gentes que se olvidan de Dios” (Sal 9:17). Por tanto, los hombres también podrían razonar así: no creo que si se permite que la suciedad se acumule y las aguas residuales se estanquen y la gente se prive del aire fresco, que un Dios misericordioso les permita caer en una fiebre mortal. El hecho es que aquellos que descuidan las leyes de salud *son* llevados por la enfermedad, a pesar de la misericordia de Dios. Igual-

mente, cierto es que aquellos que descuidan las leyes de la salud espiritual sufrirán para siempre la muerte segunda.

Indescribiblemente solemne es ver a tantos *abusar* de esta perfección divina. Continúan despreciando la autoridad de Dios, pisotean Sus leyes, continúan en pecado y, sin embargo, presumen de su misericordia. Pero Dios no será injusto consigo mismo. Dios muestra misericordia a los verdaderamente penitentes, pero no a los impenitentes (Lc 13:3). Continuar en pecado y, sin embargo, contar con que la misericordia divina remitirá el castigo es algo diabólico. Dicen: "Hagamos males para que vengan bienes", y de todos ellos está escrito que la "condenación de los cuales es justa" (Rm 3:8-9, RVG 2010). En esta presunción con seguridad sufrirán una decepción; lea cuidadosamente Deuteronomio 29:18-20. Cristo es el propiciatorio espiritual, y todos los que desprecian y rechazan Su señorío perecerán "en el camino; Pues se inflama de pronto su ira" (Sal 2:12).

No obstante, que nuestro pensamiento final sea sobre las misericordias espirituales de Dios hacia su propio pueblo. "grande es hasta los cielos tu misericordia" (Sal 57:10). Sus riquezas trascienden nuestro pensamiento más elevado. "Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, Engrandeció su misericordia sobre los que le temen" (Sal 103:11). Nadie puede medirlo. Los elegidos son llamados "vasos de misericordia" (Rm 9:23). Es la misericordia la que los resucitó cuando estaban muertos en pecados (Ef 2:4-5). Es la misericordia la que los salva (Ti 3:5). Es su abundante misericordia la que los hizo renacer para una herencia eterna (1P 1:3). El tiempo nos faltaría para hablar de su preservación, sostenimiento, perdón y provisión por su misericordia. Para los suyos, Dios es "el Padre de misericordias" (2Co 1:3).

*Oh Dios mío, cuando todas tus misericordias,
mi alma naciente examina,
Deleitado con lo que veo me pierdo,
en tus maravillas, amor y alabanzas.*

Capítulo 15

La tierna misericordia de Dios

Proponemos atraer al lector con otra de Sus excelencias, de las cuales cada cristiano recibe innumerables pruebas. Pasamos a considerar la ternura de Dios porque nuestro objetivo es mantener una proporción adecuada en el tratamiento de las perfecciones divinas, ya que todos somos capaces de tener una visión unilateral de ellas. Debe mantenerse un equilibrio aquí (como en todas partes), como aparece en esas dos declaraciones de los atributos divinos, “Dios es luz” (1Jn 1:5), “Dios es amor” (1Jn 4:8). Los aspectos serios y asombrosos del carácter divino se ven compensados por los más suaves y atractivos. Es una pérdida irreparable para nosotros si nos detuviéramos exclusivamente en la soberanía y majestad de Dios, o en Su santidad y justicia; Necesitamos meditar frecuentemente, aunque no exclusivamente, en su bondad y misericordia. Nada menos que una visión completa de las perfecciones divinas, como se revela en la Sagrada Escritura, debería satisfacerlos.

Las innumerables bendiciones sobre el cristiano.

Las Escrituras hablan de “la multitud de Sus piedades”, y ¿quién es capaz de contarlas? (Is 63:7). El salmista dijo: “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!” (Sal 36:7). Ninguna pluma de hombre, ninguna lengua de ángel, puede expresarlo adecuadamente. Tan familiar como este bendito atributo de Dios puede ser para las personas, aún así, es algo completamente único de la revelación divina. Ninguno de los antiguos soñó con investir a sus “dioses” con una perfección tan entrañable como esta. Ninguno de los objetos adorados por los ídólatras actuales posee gentileza y ternura; mucho más cierto es lo opuesto, como lo demuestran las horribles características de sus ídolos. Los filósofos lo consideran como una seria afrenta contra el honor del Dios absoluto cuando se les atribuye a ellos tales cualidades. Pero las Escrituras tienen mucho que decir sobre la tierna misericordia de Dios, o su favor paterno a su pueblo, su tierno afecto hacia ellos.

La primera vez que se menciona esta perfección divina en la Palabra es en esa maravillosa manifestación de la Deidad a Moisés, cuando Jehová proclamó Su “Nombre”, es decir, Él mismo como se dio a conocer. “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx 34:6), aunque con mucha más frecuencia la palabra hebrea, *chesed*, se traduce como “bondad” y “ternura”. En las Biblias en inglés, la referencia inicial, en relación con Dios, es el Salmo 17:7, donde David oró: “Muestra tus maravillosas misericordias, tú que salvas a los que se refugian a tu diestra”. Maravilloso es que Uno tan infinitamente por encima de nosotros, tan inconcebiblemente glorioso, tan inefablemente santo, no solo note tales gusanos de la tierra, sino que también ponga Su corazón sobre ellos, entregue a Su Hijo por ellos, envíe Su Espíritu para morar en ellos, y también que tengan paciencia con todas sus imperfecciones y caprichos para no retirarles nunca Su ternura.

Considere algunas de las evidencias y ejercicios de este atributo divino para los santos, “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef 1:5). Como muestra el versículo anterior, ese amor estaba prometido en su nombre antes de que este mundo existiera. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1Jn 4:9), lo cual fue su asombrosa provisión para nosotros, las criaturas caídas. “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jer 31:3), y esto lo demuestro por las operaciones regeneradoras de Mi Espíritu, por el poder invencible de Mi gracia, creando en ti un profundo sentido de necesidad, atrayéndote por mi bondad. “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Os 2:19). El Señor celebra un contrato de matrimonio eterno con nosotros, habiéndonos hecho aptos para que queramos entregarnos a Él voluntariamente en el día de Su poder.

Esta ternura del Señor nunca es quitada de Sus hijos. A nuestra razón, puede *parecer* que pudiera ser quitada, pero nunca lo es en realidad. Como el creyente está en Cristo, nada puede separarlo del amor de Dios (Rm 8:39). Dios se ha comprometido solemnemente por un pacto, y nuestros pecados no pueden anularlo. Dios ha jurado que si Sus hijos no guardan Sus mandamientos, visitará “con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades”. Sin embargo, agrega: “Mas no quitaré de él mi misericordia, Ni falsearé mi verdad. No

olvidaré mi pacto” (Sal 89:33-34). Observe el cambio de pluralidad de “su” (referido al pueblo) y luego de “Él” referido a Cristo. La tierna misericordia de Dios hacia su pueblo se centra en Cristo. Debido a que la ejecución de su tierna misericordia es un compromiso de pacto, ella está frecuentemente vinculada a Su “verdad” (Sal 40:11; 138:2), lo que demuestra que nos es dada por la promesa. Por lo tanto, nunca debemos desesperarnos.

“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is 54:10). No, ese pacto ha sido ratificado por la sangre del Mediador, por dicha sangre la enemistad (ocasionada por el pecado) ha sido eliminada y la perfecta reconciliación ha sido efectuada. Dios conoce los pensamientos que tiene reservados para aquellos que han abrazado Su pacto y que se han reconciliado con Él; es decir: “pensamientos de paz, y no de mal” (Jer 29:11). Por lo tanto, estamos seguros de que “mandará Jehová su misericordia, Y de noche su cántico estará conmigo, Y mi oración al Dios de mi vida” (Sal 42:8). ¡Qué palabra esa! No solo que el Señor dará u otorgará, sino que ordenará Su tierna misericordia. Se otorga por decreto, otorgado por el compromiso real, ya que Él también manda “salvación... bendición, Y vida eterna” (Sal 44:4; 133:3), lo cual anuncia que nada puede obstaculizar estos otorgamientos.

La respuesta de los santos.

¿Cuál debería ser nuestra respuesta? En primer lugar: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor” (Ef 5:1-2). “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad” (Col 3:12). Así fue con David: “Tu misericordia está delante de mis ojos, Y ando en tu verdad” (Sal 26:3). Él se deleitó al considerar esto. Al hacerlo, refrescó su alma y moldeó su conducta. Cuanto más nos ocupemos de la bondad de Dios, más cuidadosos seremos de *nuestra obediencia*. Los frenos puestos por el amor y la gracia de Dios son más poderosos para los regenerados que los terrores de su ley. “¡¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas” (Sal 36:7).

En segundo lugar, un sentido de esta perfección divina fortalece *nuestra fe* y promueve la confianza en Dios.

En tercer lugar, debería estimular *el espíritu de adoración*. “Porque mejor es tu misericordia que la vida; Mis labios te alabarán” (Sal 63:3; ver también Sal 138:2). En cuarto lugar, debería ser estimulante cuando estamos deprimidos. “Sea ahora tu misericordia para consolarme” (Sal 119:76). Fue así con Cristo en su angustia (Sal 69:17). En quinto lugar, debería ser nuestra súplica en oración: “Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; Vivifícame conforme a tu misericordia” (Sal 119:159). David apeló a este atributo divino para conseguir nuevas fuerzas y mayor vigor. En sexto lugar, deberíamos recurrir a Él cuando nos hemos quedado en el camino. “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia” (Sal 51:1). Trata conmigo de acuerdo con el más tierno de Tus atributos, haz de mi caso un ejemplo de Tu ternura. En séptimo lugar, debería ser una petición en nuestras oraciones nocturnas. “Hazme oír por la mañana tu misericordia” (Sal 143:8). Despiértame con mi alma en sintonía con tu tierna misericordia y que mis pensamientos sean acerca de Tu bondad.

Capítulo 16

El amor de Dios

La naturaleza de Dios

Hay tres cosas que se nos dicen en la Escritura con respecto a la *naturaleza* de Dios. En primer lugar, “Dios es Espíritu” (Jn 4:24). En el griego no hay un artículo indefinido, y decir “Dios es *un* espíritu” es muy objetable, ya que lo coloca en una clase con otros. Dios es “espíritu” en el sentido más elevado. Debido a que es “espíritu”, es incorpóreo, no tiene sustancia visible. Si Dios tuviera un cuerpo tangible, no sería omnipresente, estaría limitado a un lugar; pero precisamente porque es “espíritu”, llena el cielo y la tierra. En segundo lugar, “Dios es luz” (1Jn 1:5), que es lo opuesto a la oscuridad. En las Escrituras, “oscuridad” significa pecado, maldad, muerte y “luz”, santidad, bondad, vida. “Dios es luz” significa que Él es la *suma* de toda excelencia. En tercer lugar, “Dios es amor” (1Jn 4:8). No es simplemente que Dios “ama”, sino que Él *es* el amor mismo. El amor no es simplemente uno de Sus atributos, sino su propia naturaleza.

Hoy hay muchos que hablan sobre el amor de Dios, que son totalmente extraños al Dios de amor. El amor divino se considera comúnmente como una especie de debilidad amable, una especie de indulgencia bondadosa; se reduce a un mero sentimiento enfermo, inspirado en la emoción humana. Ahora, la verdad es que en esto, como en todo lo demás, nuestros pensamientos necesitan ser formados y regulados por lo que se revela al respecto en la Sagrada Escritura. Que existe una necesidad urgente de esto es evidente no solo por la ignorancia que generalmente prevalece, sino también por el bajo estado de espiritualidad que ahora es tan tristemente evidente en todas partes entre los cristianos profesantes. ¡Qué poco amor verdadero hay para Dios! La razón principal, por la cual esto es así, es porque nuestros corazones están muy poco ocupados con su maravilloso amor por su pueblo. Cuanto mejor conozcamos Su amor (carácter, plenitud, bendición), más se alegrará nuestro corazón en Él.

El carácter y la bendición del amor de Dios

1. El amor de Dios no está *influenciado*. Con esto queremos decir que no había criaturas que movieran a Dios a amarlas, no existía nada en la criatura que lo atrajera o lo impulsara a amarlos. El amor que una criatura siente por otra se debe a algo en el objeto amado; pero el amor de Dios es libre, espontáneo, no causado. La única razón por la que Dios ama a alguien se encuentra en Su propia voluntad soberana: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó” (Dt 7:7-8). Dios ha amado a su pueblo desde la eternidad, y por lo tanto, nada que provenga de la criatura puede ser la causa del amor que ya existía en Dios desde la eternidad. Su amor proviene *de Sí mismo*: “según su propósito” (2Ti 1:9).

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1Jn 4:19). Dios no nos amó porque lo amamos, sino que nos amó antes de que tuviéramos una partícula de amor por él. Si Dios nos hubiera amado a cambio del amor nuestro, entonces no sería espontáneo de su parte; pero debido a que Él nos amó cuando no teníamos amor alguno, está claro que su amor no estaba influenciado por nada. Si Dios ha de ser honrado y el corazón de Sus hijos ha de estar bien fundamentado, es muy importante que seamos muy claros sobre esta preciosa verdad. El amor de Dios por mí y por cada uno de “los suyos” no fue provocado por nada en nosotros. ¿Qué había en mí para atraer el corazón de Dios? Absolutamente nada. Sino que, por el contrario, había todo lo suficiente para hacer que se alejara, todo calculado para hacer que Él me odiara, pues yo era: pecador, depravado, un cúmulo de corrupción, *sin* “ninguna cosa buena” en mí.

*“¿Qué pudo haber en mí que te plació,
Qué pudo a mi Creador deleitar?
Pero a ti Padre te quiero cantar
porque fue así como te agradó”.*

2. El amor de Dios es *eterno*. Esto es así necesariamente. Dios mismo es eterno, y Dios *es* amor; por lo tanto, como Dios mismo no tuvo principio, Su amor tampoco lo tuvo. Sin embargo, dado que tal concepto trasciende la comprensión de nuestras débiles mentes, sin embargo, donde no podemos comprender podemos inclinarnos y adorar. Cuán claro es el testimonio de Jeremías 31:3: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi miseri-

cordia". Qué bendición es saber que el Dios grande y santo amaba a su pueblo antes de que el cielo y la tierra fueran llamados a la existencia, que había puesto su corazón sobre ellos desde toda la eternidad. Una prueba clara de esto es que su amor es espontáneo, porque los amó sin fin antes de que tuvieran algún ser. La misma verdad preciosa se expone en Efesios 1:4-5: "según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado". ¡Qué alabanza debería evocar esto de parte de cada uno de Sus hijos! Qué tranquilizador es para el corazón que: como el amor de Dios hacia mí no tuvo principio, ¡no puede tener final! Dado que es cierto que "Desde la eternidad y hasta la eternidad" Él es Dios, y dado que Dios es "amor", entonces es igualmente cierto que "desde la eternidad y hasta la eternidad" Él ama a su pueblo.

3. El amor de Dios es *soberano*. Esto también es evidente. Dios mismo es soberano, no está bajo obligaciones de nadie, es ley en sí mismo, actuando siempre de acuerdo con Su propio placer soberano. Dado que Dios es soberano, y dado que Él es amor, necesariamente se concluye que su amor es soberano. Como Dios es Dios, hace lo que quiere; y porque Dios es amor, ama a quien quiere. Tal es su propia afirmación expresa: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Rm 9:13). No había más razones en Jacob que en Esaú para que Jacob fuera el objeto del amor divino. Ambos tenían los mismos padres y nacieron al mismo tiempo, siendo gemelos; ¡pero Dios amó al uno y odió al otro! ¿Por qué? Porque le agradó hacerlo. La soberanía del amor de Dios se deriva necesariamente del hecho de que no está influenciada por nada en la criatura. Por lo tanto, afirmar que la causa de Su amor reside en Dios mismo es solo otra forma de decir que: Él ama a quien le place. Por un momento, asuma lo contrario. Supongamos que el amor de Dios estuviera regulado por algo más que Su voluntad: en tal caso, amaría por regla, y amando por regla estaría bajo una ley de amor, y por tanto, lejos de ser libre, Dios mismo sería *gobernado por esa ley*. "(...) En amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según..." ¿Según qué? ¿Alguna excelencia que Él previó en ellos? ¡No! ¿Entonces según qué? "según el puro afecto de su voluntad" (Ef 1:4-5).

4. El amor de Dios es *infinito*. Todo sobre Dios es infinito. Su *esencia* llena el cielo y la tierra. Su *sabiduría* es ilimitada, porque sabe todo sobre el pasado, el presente y el futuro. Su *poder* es ilimitado, porque no hay nada demasiado difícil para Él. Entonces su

amor es ilimitado. Hay una profundidad que nadie puede comprender; hay una altura que nadie puede escalar; hay una longitud y una anchura que desafían la medición, por cualquier estándar de las criaturas. Maravillosamente esto se insinúa en Efesios 2:4: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó”: la palabra “gran” es paralela a la palabra “de tal manera” que encontramos en Juan 3:16: “*de tal manera* amó Dios”. Esto nos dice que el amor de Dios es tan sublime que no se puede medir.

Ninguna lengua puede expresar completamente cuan infinito es el amor de Dios, ni ninguna mente lo puede comprender pues: “excede a todo conocimiento” (Ef 3:19). Las ideas más extensas que una mente finita puede enmarcar sobre el amor divino están infinitamente por debajo de su verdadera naturaleza. La bondad de Dios está más allá de los conceptos más elevados que podemos tener de Él, tanto como el cielo está por encima de la tierra. Es un océano que crece más alto que todo monte que se oponga a su amor por aquellos que ama. Es una fuente de la que fluye todo el bien necesario para todos aquellos que están interesados en su amor (John Brine, 1743).

5. El amor de Dios es *inmutable*. Al igual que con Dios mismo, “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg 1:17), por lo que su amor no conoce ni el cambio ni la disminución. El gusano Jacob proporciona un ejemplo contundente de esto: “A Jacob amé”, declaró Jehová, y a pesar de toda su incredulidad y rebeldía, nunca dejó de amarlo. Juan 13:1 proporciona otra hermosa ilustración. Esa misma noche uno de los apóstoles diría: “muéstranos el Padre” (Jn 14:8); otro lo negaría con maldiciones; todos se escandalizarían y lo abandonarían. Sin embargo, “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó *hasta el fin*” (Jn 13:1). El amor divino no está sujeto a modificaciones. El amor divino “fuerte es como la muerte”. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, Ni lo ahogarán los ríos” (Cnt 8:6-7). Nada puede separar de dicho amor (Rm 8:35-39).

*“Su amor no tiene fin ni conoce límites,
Ningún cambio puede cambiar su curso,
Eternamente fluye sin cambio
De una fuente también eterna”.*

6. El amor de Dios es *santo*. El amor de Dios no está regulado por el capricho, la pasión o el sentimiento, sino por principios. Así

como su gracia reina no a expensas de ella, sino “por la justicia” (Rm 5:21), así su amor nunca entra en conflicto con su santidad. “Dios es luz” (1Jn 1:5) se menciona *antes de* “Dios es amor” (1Jn 4:8). El amor de Dios no es una simple debilidad de amabilidad o una suavidad afeminada. La Escritura declara que “el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo” (Heb 12:6). Dios no se hará de la vista gorda ante el pecado, ni siquiera con Su propio pueblo. Su amor es *puro*, sin ninguna mezcla con algún sentimentalismo exagerado.

7. El amor de Dios es lleno de *gracia*. El amor y el favor de Dios son inseparables. Esto se pone claramente de manifiesto en Romanos 8:32-39. El significado de ese amor, del cual nunca podrán “separarnos”, se percibe fácilmente desde el diseño y el alcance del contexto inmediato: es esa buena voluntad y gracia de Dios lo que lo determinó a dar a Su Hijo por los pecadores. Ese *amor* fue el poder impulsor de la encarnación de Cristo: “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn 3:16). Cristo murió no para hacer que Dios nos amara, sino porque Él amó a Su pueblo. El calvario es la demostración suprema del amor divino. Siempre que tengas la tentación de dudar del amor de Dios, lector cristiano, regresa al Calvario.

Entonces, aquí está la causa superabundante para confiar y tener paciencia bajo la aflicción divina. Cristo era amado por el Padre, pero *Él* no estaba exento de la pobreza, la desgracia y la persecución. *Él* padeció hambre y sed. Por lo tanto, *no* fue incompatible con el *amor* de Dios por Cristo que *Él* permitiera que los hombres lo escupieran y lo golpearan. Entonces, que ningún cristiano cuestiona el amor de Dios cuando se ve sometido a penosas aflicciones y pruebas. Dios no enriqueció a Cristo en la tierra con prosperidad temporal, porque no tenía dónde recostar la cabeza. Pero *sí* le dio el Espíritu sin medida (Jn 3:34). Aprende entonces que las bendiciones *espirituales* son los principales regalos del amor divino. ¡Qué bendición saber que cuando el mundo nos odia, Dios nos ama!

Capítulo 17

El amor de Dios hacia nosotros

Hacia “nosotros” significa hacia Su pueblo. A pesar de que leemos del amor “que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 8:39), la Sagrada Escritura no sabe nada de un amor de Dios *fuera* de Cristo. “Bueno es Jehová para con todos, Y sus misericordias sobre todas sus obras” (Sal 145:9), de modo que Él provee de comida a los cuervos. “él es benigno para con los ingratos y malos” (Lc 6:35), y Su providencia ministra a los justos y a los injustos (Mt 5:45). Pero Su *amor* está reservado para Sus elegidos. Eso se establece inequívocamente por Sus características, ya que los atributos de Su amor son idénticos a Él mismo. Necesariamente es así, porque “Dios es amor”.

El amor de Dios en Cristo

Hacer ese postulado no es más que otra forma de decir que el amor de Dios es como Él mismo, desde la eternidad y hasta la eternidad, es inmutable. Nada es más absurdo que imaginar que alguien amado por Dios pueda perecer eternamente o que experimente Su venganza eterna. Como el amor de Dios es “en Cristo Jesús”, ese amor no fue causado por una atracción hacia criaturas, ni puede ser repelido por nada en ellas o por ellas. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13:1). El “mundo” en Juan 3:16 es un término general usado en contraste con los judíos; este versículo debe ser interpretado así para no contradecir Salmos 5:5; 6:7; Juan 3:36; Romanos 9:13.

El diseño principal de Dios es aprobar el amor de Dios en Cristo, porque Él es el único canal a través del cual fluye. El Hijo no ha inducido al Padre a amar a Su pueblo, sino que fue Su amor por ellos lo que lo llevó a dar a Su Hijo por ellos. Ralph Erskine dijo:

Dios ha usado una manera maravillosa de manifestar Su amor. Para mostrar Su poder, creó un mundo. Para mostrar Su sabiduría, la puso en un marco que muestre su inmensidad. Para manifestar la grandeza y gloria de Su nom-

bre, Él hizo un cielo, y puso ángeles y arcángeles, principados y potestades en él. Para manifestar Su amor, ¿qué no hizo? Dios ha usado una grandiosa y maravillosa manera de manifestarlo en Cristo: Su persona, Su sangre, Su muerte y Su justicia.

“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén... para la gloria de Dios” (2Co 1:20). Como fuimos elegidos en Cristo (Ef 1:4), como fuimos aceptados en Él (Ef 1:6), como nuestra vida está escondida en Él (Col 3:3), así también somos amados en Él pues dice: “el amor de Dios que es en Cristo Jesús”, sí, en Él como nuestra Cabeza y Esposo, por eso, nada nos puede separar de Él, porque esa unión es indisoluble.

El amor de Dios hacia los santos.

Nada emociona tanto el corazón de los santos como una contemplación espiritual del amor de Dios. Mientras está meditando, él es elevado fuera y por encima de su miserable yo. Una percepción de credibilidad llena al alma que se renueva de satisfacción, y le hace tan feliz como se puede ser debajo del cielo. Conocer y crear el amor que Dios tiene hacia mí me resulta en un entusiasmo y un anticipo del cielo mismo. Dado que Dios ama a Su pueblo en Cristo, no lo hace por amabilidad o porque se sienta atraído por ellos: “A Jacob amé”. Sí, a aquel que naturalmente era poco atractivo, sí, el despreciable Jacob: el “gusano de Jacob”. Como Dios ama a Su pueblo en Cristo, Su amor no se regula por cuanto fruto lleven, sino que Su amor siempre es el mismo. Como los ama *en* Cristo, el Padre los ama *como* a Cristo. Llegará el momento en que la oración de Cristo será respondida: “para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn 17:23). Solo la fe puede comprender esas cosas maravillosas, porque ni el razonamiento ni los sentimientos pueden hacerlo. Dios nos ama en Cristo. ¡Qué deleite infinito tiene el Padre al contemplar a Su pueblo en Su querido Hijo! Todas nuestras bendiciones fluyen de esa preciosa fuente.

El amor de Dios a Su pueblo no comenzó ayer. No comenzó con el amor de su pueblo hacia Él. No, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1Jn 4:19). Primero no le damos a Él, para que Él pueda volvérnoslo a nosotros nuevamente. Nuestra regeneración no es el motivo de Su amor, sino que Su amor es la razón por la cual Él nos renueva según Su propia imagen. Cuando Dios

manifiesta Su amor por primera vez hacia ellos: en lugar de que los escogidos estén buscando a Dios en ese momento, generalmente ellos se encuentran en el peor momento de sus maldades.

“Y pasé yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová el Señor.”

(Ez 16:8)

Sus escogidos no solo, a menudo, están en su peor momento cuando el amor de Dios se les revela por primera vez, sino que en realidad están haciendo lo peor, como en el caso de Saulo de Tarso. El amor de Dios no solo precede al nuestro, sino que también fue transmitido desde Su corazón hacia nosotros mucho antes de que fuéramos liberados del poder de las tinieblas y trasladados al Reino de Su amado Hijo. No comenzó en el tiempo, sino que existe desde la eternidad. “Con amor eterno te he amado” (Jer 31:3).

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1Jn 4:10). Es claro por esas palabras que Dios amaba a Su pueblo mientras estaban en un estado natural, desprovistos de toda gracia, sin una partícula de amor hacia Él o fe en Él; sí, mientras ellos eran Sus enemigos (Rm 5:8,10). Claramente, eso ahora me impone una obligación mil veces mayor de amarlo, servirlo y glorificarlo que cuando Él me amó e inclinó mi corazón hacia Él. Todos los actos de Dios a Su pueblo en el tiempo son las expresiones del amor que les tuvo desde la eternidad. Es porque Dios nos ama en Cristo, y lo ha hecho desde la eternidad, que los dones de Su amor son irrevocables. Son otorgados por el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg 1:17). El amor de Dios realmente hace un cambio en nosotros cuando es “derramado en nuestros corazones” (Rm 5:5), pero no hace ningún cambio en Él. A veces varía las dispensaciones de Su providencia hacia nosotros, pero eso no se debe a que Su afecto haya cambiado. Incluso cuando nos castiga, es en amor (Heb 12:6), ya que tiene nuestro bien a la vista.

Las operaciones del amor de Dios.

Miremos más de cerca algunas de las operaciones del amor de Dios. En primer lugar, en la *elección*. “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el

Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2Ts 2:13). Hay una conexión infalible entre el amor de Dios y Su selección de aquellos que debían salvarse. La elección es la consecuencia de Su amor, lo cual es expresado claramente en Deuteronomio: “No por ser vosotros más que todos los pueblos [1] os ha querido Jehová, y [2] os ha escogido” (Dt 7:7). Y otra vez: “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef 1:4-5).

En segundo lugar, en la *redención*. Como hemos visto en 1Juan 4:10, de Su amor soberano Dios hizo provisión para que Cristo hiciese satisfacción por los pecados de Su pueblo, aunque antes de la conversión de ellos, Dios estaba enojado con ellos con respecto a Su ley violada. Y “¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rm 8:32): Esta es otra prueba clara de que Su Hijo no fue “entregado” en la cruz por toda la humanidad. Porque a los que no son escogidos, Dios no les da ni el Espíritu Santo, ni una nueva naturaleza, ni arrepentimiento, ni fe.

En tercer lugar, *llamamiento eficaz*. El Padre envía al Espíritu Santo desde el Salvador que está sentado en el trono (Hch 2:33). Después de haber amado a Sus elegidos con un amor eterno, con tierna misericordia los atrae (Jer 31:3), los regenera en novedad de vida, los llama de las tinieblas a Su luz admirable y los convierte en Sus hijos. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1Jn 3:1). Si la adopción nuestra como hijos no surge del amor de Dios como un resultado seguro, ¿para qué sirven esas palabras?

En cuarto lugar, la *sanación cuando vuelven a caer en pecado*: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia” (Os 14:4), sin dudas ni titubeo. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, Ni lo ahogarán los ríos” (Cnt 8:7). Tal es el amor de Dios a Su pueblo, es: invencible, inextinguible. No solo no hay posibilidad de que expire, sino que también las negras aguas de caer nuevamente en el pecado no pueden extinguirlo, ni las inundaciones de incredulidad lo apagan.

Nada es más irresistible que la muerte en el mundo natural, nada tan invencible como el amor de Dios en el reino de la gracia. Goodwin comentó:

¡Qué dificultades supera el amor de Dios! ¡Para que Dios venza Su propio corazón! ¿Crees que no fue nada para Él

matar a Su Hijo?... Cuando vino a llamarnos, ¿no tuvo dificultades en superar tal amor? Estábamos muertos en delitos y pecados, pero por el gran amor con el que nos amó, nos revivió en la tumba de nuestra corrupción, como está escrito: “hiede ya”, incluso entonces Dios vino y nos conquistó. Después de nuestro llamado, ¡de qué manera tan triste provocamos a Dios! Tentaciones tan grandes que engañarían, si fuese posible, aun a los escogidos. Es así con todos los cristianos. No hay justo sino aquel que con dificultad es salvo (1P 4:18), y sin duda es salvo, porque el amor de Dios es invencible: supera todas las dificultades.

Una aplicación es apenas necesaria para tal tema. Que el amor de Dios diariamente atraiga su mente mediante meditaciones devotas para que los afectos de su corazón sean encaminados hacia Él. Cuando esté abatido en espíritu, o en apuros, apele al amor de Dios en oración, y es seguro que Dios no puede negarle nada bueno a usted. Haga que el maravilloso amor de Dios sea el incentivo de su obediencia a Él. La gratitud es suficiente.

Capítulo 18

La ira de Dios

Es malo encontrar a tantos cristianos profesantes que parecen considerar la ira de Dios como algo por lo que necesitan disculparse, o que al menos desearían que no hubiera tal cosa. Mientras que algunos que no irían tan lejos como para admitir abiertamente que lo consideran una mancha en el carácter divino, están lejos de considerarlo con deleite; les gusta no pensar en ello, y rara vez escuchan mencionarla sin que se levante un resentimiento secreto en sus corazones contra este atributo. Incluso con aquellos que son más sobrios en su juicio, no pocos de ellos parecen imaginar que existe tal severidad acerca de la ira divina que les hace que sea demasiado aterradora para que valga la pena pensar en ella. Otros albergan el engaño de que la ira de Dios no es consistente con Su bondad, y por eso buscan desterrarla de sus pensamientos.

Dios no oculta los hechos.

Sí, hay muchos que se alejan de una visión de la ira de Dios como si fueran llamados a mirar alguna mancha en el carácter divino o alguna mancha en el gobierno divino. ¿Pero qué dicen las Escrituras? Cuando nos enfocamos en ellas encontramos que Dios no ha hecho ningún intento por ocultar los hechos relacionados con Su ira. *Él* no se avergüenza de hacer saber que la venganza y la furia le pertenecen a *Él*. Su propio desafío es:

“Ved ahora que yo, yo soy, Y no hay dioses conmigo; Yo hago morir, y yo hago vivir; Yo hiero, y yo sano; Y no hay quien pueda librar de mi mano. Porque yo alzaré a los cielos mi mano, Y diré: Vivo yo para siempre, Si afilare mi reluciente espada, Y echare mano del juicio, Yo tomaré venganza de mis enemigos, Y daré la retribución a los que me aborrecen” (Dt 32:41).

Un estudio de la concordancia mostrará que hay *más* referencias en las Escrituras acerca de la ira, la furia y el enojo de Dios, que a Su amor y a Su ternura. Como Dios es santo, odia todo pecado; y porque odia todo pecado, Su ira arde contra el pecador (Sal 7:11).

Ahora, la ira de Dios es tanto una perfección divina como lo es Su fidelidad, poder o misericordia. *Tiene que ser* así, porque no hay mancha alguna, ni el más mínimo defecto en el carácter de Dios; ¡Sin embargo, lo habría si la “ira” *estuviese* ausente en Él! La indiferencia al pecado es una mancha moral, y aquel que no odia el pecado es un leproso moral. ¿Cómo podría Él, que es la Suma de toda excelencia, mirar con igual satisfacción la virtud y el vicio, la sabiduría y la locura? ¿Cómo podría el que es infinitamente santo ignorar el pecado y negarse a manifestar Su “severidad” (Rm 11:22) hacia él? ¿Cómo podría Él, que se deleita solo en lo que es puro y encantador, no detestar y odiar lo que es impuro y vil? La naturaleza misma de Dios hace que el infierno sea una necesidad real, tan imperativa y eternamente necesaria, como lo es el cielo. No solo no hay imperfección en Dios, sino que no hay perfección en Él que sea menos perfecta que otra.

La ira de Dios es Su aborrecimiento eterno de toda injusticia. Es el desagrado y la indignación de la equidad divina contra el mal. Es la santidad de Dios activada contra el pecado. Es la causa motora de esa sentencia justa que Él dicta contra los malhechores. Dios está enojado contra el pecado porque es una rebelión contra Su autoridad, un mal cometido contra Su soberanía inviolable. Los que se rebelan contra el gobierno de Dios deben saber que Dios *es* el Señor. Se les hará sentir cuán grande es esa Majestad que desprecian, y cuán terrible es esa ira amenazadora que tan poco consideraban. No es que la ira de Dios sea una represalia maligna y maliciosa, que inflige daño sin razón o a cambio de la ofensa recibida. No, aunque Dios reivindicará Su dominio como gobernador del universo, no será vengativo.

Esa ira divina *es* una de las *perfecciones* de Dios, no solo es evidente por las consideraciones presentadas anteriormente, sino que también está claramente establecida por las declaraciones expresas de Su propia Palabra. “Porque la ira de Dios se revela *desde el cielo*” (Rm 1:18). Robert Haldane comenta sobre este versículo de la siguiente manera:

La ira se reveló cuando se pronunció por primera vez la sentencia de muerte, a la tierra maldijo y el hombre fue expulsado del paraíso terrenal, y luego con ejemplos de castigo como los del Diluvio, y la destrucción de las Ciudades de la Llanura por el fuego del cielo; pero especialmente por el reinado de la muerte en todo el mundo. La ira se proclamó

en la maldición de la Ley sobre cada transgresión, y se insinuó en la institución del sacrificio y en todos los servicios de la dispensación mosaica. En el octavo capítulo de esta epístola, el Apóstol llama la atención de los creyentes sobre el hecho de que toda la creación fue sujetada a vanidad, y gime y está en dolores de parto. La misma creación que declara que hay un Dios y publica Su gloria, también prueba que Él es el enemigo del pecado y el vengador de los crímenes de los hombres...

Pero, sobre todo, la ira de Dios se reveló desde el cielo cuando el Hijo de Dios descendió para manifestar el carácter divino, y cuando esa ira se mostró en Sus sufrimientos y muerte, de una manera más horrible que todas las señales que Dios mostró antes debido a Su desagrado contra el pecado. Además de esto, el castigo futuro y eterno de los malvados ahora se declara en términos más solemnes y explícitos que antes. Bajo la nueva dispensación, hay dos revelaciones dadas desde el cielo, una de ira, la otra de gracia.

Una vez más, que la ira de Dios es una perfección divina queda claramente demostrado por lo que leemos en el Salmos 95:11: “Por tanto, juré en mi furor Que no entrarían en mi reposo”. Hay dos ocasiones en que Dios hace “juramento”: al hacer promesas (Gn 22:16), y al pronunciar juicios (Dt 1:34). En el primer caso, jura en misericordia a Sus hijos; y en el segundo caso, Él jura privar a una generación malvada de Su herencia debido a murmuraciones e incredulidad. Un juramento es para la confirmación solemne de alguna cosa (Heb 6:16). En Génesis 22:16 Dios dice: “*Por mí mismo he jurado*” (Gn 22:16). En Salmos 89:35 declara: “Una vez he jurado *por mi santidad*”. Mientras que en Salmos 95:11 afirma: “juré *en mi ira*” (Sal 95:11, RVG 2010). Así, el gran Jehová apela a Su “ira” como una perfección igual a Su “santidad”: ¡Jura por una tanto como por la otra! Nuevamente, como en Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col 2:9), y como todas las perfecciones divinas son mostradas ilustremente por Él (Jn 1:18), por lo tanto, leemos de “*la ira del Cordero*” (Ap 6:16).

La importancia de reflexionar sobre la ira de Dios

La ira de Dios es una perfección del carácter divino sobre el que necesitamos meditar con frecuencia. En primer lugar, la ira de Dios conduce a nuestros corazones a estar debidamente impresionados

por el aborrecimiento del pecado por parte de Dios. Siempre somos propensos a considerar el pecado a la ligera, a pasar por alto cuan detestable es y a poner excusas con respecto al él. Pero cuanto más estudiemos y reflexionemos sobre el aborrecimiento del pecado por parte de Dios y Su espantosa venganza sobre él, es más probable que nos demos cuenta de su atrocidad. En segundo lugar, la ira de Dios nos conduce a tener un verdadero temor en nuestras almas hacia Dios: “tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb 12:28-29). No podemos servirle “aceptablemente” a menos que exista una “reverencia” debida a Su terrible Majestad y “temor piadoso” a Su justa ira; y estos sentimientos se desarrollan mejor al recordar frecuentemente que “nuestro Dios es fuego consumidor”. En tercer lugar, la ira de Dios nos conduce a disponer nuestras almas en ferviente alabanza por haber sido liberados de “nos libra de la ira venidera” (1Ts 1:10).

Nuestra disposición o nuestra renuencia a *meditar* sobre la ira de Dios se convierte en una prueba segura de la verdadera actitud de nuestros corazones hacia Él. Si realmente no nos regocijamos en Dios, por lo que Él es en Sí mismo, y eso debido a *todas* las perfecciones que residen eternamente en Él, entonces ¿cómo habita *el amor de Dios* en nosotros? Cada uno de nosotros necesita estar más en oración en guardia contra la idea de idear una imagen de Dios en nuestros pensamientos que siga el modelo de nuestras propias inclinaciones malvadas. En la antigüedad, el Señor se quejó diciendo: “Pensabas que de cierto sería yo como *tú*” (Sal 50:21). Si no nos regocijamos con “la memoria de *su santidad*” (Sal 97:12), si no nos regocijamos por saber que un Día que viene pronto, Dios hará una demostración gloriosa de Su *ira* al vengarse de todos los que ahora se oponen a Él, es una prueba clara de que nuestros corazones *no* están sujetos a Él, que todavía estamos en nuestros pecados, y que estamos en camino a las llamas eternas.

La justicia de Dios ejercida a través de Su ira.

“*Alabad, naciones, a su pueblo, Porque él vengará la sangre de sus siervos, Y tomará venganza de sus enemigos, Y hará expiación por la tierra de su pueblo.*” (Dt 32:43). Y de nuevo leemos:

“Oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha

corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijo: ¡Aleluya!

(Ap 19:1-3)

Grande será el regocijo de los santos en ese día cuando el Señor vindique Su majestad, ejerza Su terrible dominio, magnifique Su justicia y derroque a los orgullosos rebeldes que se han atrevido a desafiarlo.

“¡AH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal 130:3) Cada uno de nosotros puede hacer esta pregunta, pues está escrito: “no se levantarán los malos en el juicio” (Sal 1:5). ¡Cuán profundamente se entristeció el alma de *Cristo* cuando los pensamientos de Dios estuvieron enfocados en las iniquidades de Su pueblo, justo cuando los cargaba sobre Él! Estaba entristecido y angustiado (Mr 14:33). Su terrible agonía, Su sudor de sangre, Sus fuertes gritos y súplicas (Heb 5:7), Sus oraciones reiteradas (“si es posible, que pase de mí esta copa”), Su último grito espantoso (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”), todos manifiestan la horrible comprensión que tenía de lo *que* significa para Dios “mirar a las iniquidades”. ¡Bien pueden los pobres pecadores gritar: “Señor, *quién* podrá sostenerse en pie”, cuando el Hijo de Dios mismo tembló bajo el peso de Su ira! Si tú, mi lector, no has “huido en busca de refugio” en Cristo, el único Salvador, “¿cómo harás en la espesura del Jordán?” (Jer 12:5).

Cuando considero cómo la mayor parte de la humanidad abusa de la bondad de Dios, no puedo dejar de pensar que: El milagro más grande del mundo es la paciencia y la generosidad de Dios para con un mundo ingrato. Si un príncipe tiene un enemigo que se metió en una ciudad, este en lugar de enviarle provisiones, por el contrario, asedia el lugar y hace lo que puede para matarlo de hambre. Pero el gran Dios, que podría desbaratar a todos Sus enemigos en la destrucción, sin embargo, los soporta y los mantiene diariamente. Con buenas bases, puede ordenarnos que bendigamos a los que nos maldicen, pues Él mismo hace el bien al malvado y al ingrato. Pero no piensen, pecadores, que escapan así; El molino de Dios va lento, pero muele finamente; cuanto más admirable es ahora Su paciencia y generosidad, más terrible e insoportable será esa furia que surge de Su bondad abusada. Nada más suave que el mar, sin em-

bargo, cuando se agita en una tempestad, nada enfurece más. Nada tan dulce como la paciencia y la bondad de Dios, y nada tan terrible como Su ira cuando se enciende (William Gurnall, 1660).

Por tanto, “huye”, mi lector, huye a Cristo; Huye *de* la ira que vendrá (Mt 3:7) antes de que sea demasiado tarde. Te suplicamos sinceramente: no supongas que este mensaje está destinado a otra persona. ¡Es *para ti!* No te conformes con *pensar* que ya *has* huido a Cristo. ¡Sino *asegúrate* de ello! Ruego al Señor que escudriñe tu corazón y te lo muestre a ti mismo.

Una palabra para los predicadores

Hermanos, ¿en nuestro ministerio oral predicamos sobre este tema solemne tanto como deberíamos? Los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia decían a sus oyentes que sus vidas malvadas provocaron al Santo de Israel, y que estaban atesorando para sí mismos ira para el día de la ira. ¡Y las condiciones en el mundo no son mejores ahora que entonces! Nada está tan bien calculado como para despertar a los descuidados y hacer que los profesantes carnales busquen en sus corazones, como lo es entender el hecho de que “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal 7:11). El precursor de Cristo convidó a sus oyentes “a huir de la ira venidera” (Mt 3:7). El Salvador les ordenó a Sus oyentes: “Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed” (Lc 12:5). El apóstol Pablo dijo: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2Co 5:11). La fidelidad exige que hablemos tan claramente sobre el infierno como sobre el cielo.

Capítulo 19

La contemplación de Dios

La naturaleza divina

En los estudios anteriores hemos revisado algunas de las maravillosas y encantadoras perfecciones del carácter divino. De esta pequeña y defectuosa contemplación de Sus atributos, debería ser evidente para nosotros todo lo que Dios es: Primero, un Ser *incomprensible*, y, maravillados ante Su infinita grandeza, estamos obligados a adoptar las palabras de Zophar: ¿Puedes comprender a Dios por medio de averiguaciones? ¿Puedes comprender al Todopoderoso a la perfección? “Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, Y más ancha que el mar” (Job 11:8-9). Cuando volvemos nuestros pensamientos a la eternidad de Dios, Su inmaterialidad, Su omnipresencia, Su poder absoluto, nuestras mentes quedan abrumadas.

El estudio de la deidad.

Pero la incomprensibilidad de la naturaleza divina no es una razón por la cual deberíamos desistir de la investigación reverente, ni de los esfuerzos de oración para comprender lo que Él ha revelado tan graciosamente de sí mismo en Su Palabra. Debido a que no podemos adquirir el conocimiento perfecto, sería una locura decir que, por lo tanto, no haremos *ningún* esfuerzo para comprender a Dios. Se ha dicho bien que:

Nada agrandará tanto el intelecto, nada magnificará tanto el alma del hombre, como una investigación devota, sincera y continua del gran tema sobre la Deidad. El estudio más excelente para expandir el alma es la ciencia de Cristo, y de Él crucificado, y también el conocimiento de la Divinidad en la gloriosa Trinidad (C.H. Spurgeon).

Citemos un poco más de este príncipe de los predicadores:

El estudio apropiado del cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más elevada, la filosofía más poderosa que puede atraer la atención de un hijo de Dios es el nombre, la naturaleza, la persona, las obras y la existencia del gran Dios que él llama su Padre. Hay algo que mejora enormemente el entendimiento en la contemplación de la Divinidad. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo que nuestro orgullo se ahoga en su infinidad. Hay otros temas que podemos comprender y abordar; en ellos sentimos una especie de satisfacción personal y continuamos por nosotros mismos con el siguiente pensamiento: “Miren que sabio soy”. Pero cuando llegamos a esta ciencia maestra, descubrimos que nuestra sonda no puede estimar su profundidad, y que nuestro ojo de águila no puede ver su altura y nos alejamos con el siguiente pensamiento: “No soy más que lo que era ayer y a la verdad no sé nada” (Sermón NO. 1 sobre Mal 3:6).

Sí, la incomprendibilidad de la naturaleza divina debería enseñarnos *humildad, precaución y reverencia*. Después de todas nuestras búsquedas y meditaciones, tenemos que decir con Job: “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!” (Job 26:14) Cuando Moisés rogó a Jehová para ver Su gloria, le respondió: “proclamaré el nombre de Jehová delante de ti” (Éx 33:19) y, como alguien ha dicho: “El nombre es la colección de Sus atributos”. Con razón, el puritano John Howe declaró:

Solo podemos formarnos una noción de lo que es Su gloria, y es como si leyéramos un breve resumen de un libro muy voluminoso, o como observar un pequeño paisaje de un país gigantesco. Él nos ha dado un verdadero informe de sí mismo, pero no completo; que es lo suficiente para darnos seguridad y guiarnos lejos del error, pero no de la ignorancia. Podemos aplicar nuestras mentes en contemplar las diversas perfecciones por las cuales el bendito Dios nos descubre Su ser, y en nuestros pensamientos podemos atribuirles todas a Él, aunque todavía no tenemos sino conceptos bajos y defectuosos de cada una de estas perfecciones. Sin embargo, en la medida en que nuestra comprensión pueda corresponder con el descubrimiento de que Él nos

brinda Sus excelencias, tendremos una visión correcta de Su gloria.

Dado que la diferencia es realmente grande entre el conocimiento de Dios que tienen Sus santos en esta vida y el que tendrán en el Cielo, no obstante, el conocimiento presente no debe ser subvalorado porque sea imperfecto, y el conocimiento que tendrán en el cielo no debe ser magnificado por encima de la realidad. Es cierto que la Escritura declara que le veremos “cara a cara” y “conoceremos” como somos conocidos (1Co 13:12). Pero inferir de esto que entonces conoceremos a Dios tan completamente como Él nos conoce a nosotros es ser engañado por el simple sonido de las palabras, y no tener en cuenta la restricción de ese conocimiento, debido a que somos seres finitos. Hay una gran diferencia entre que los santos sean glorificados y que sean divinos. En su estado glorificado, los cristianos seguirán siendo criaturas finitas y, por lo tanto, nunca podrán comprender completamente al Dios infinito.

Los santos en el cielo verán a Dios con el ojo de la mente, porque Él siempre será invisible para el ojo corporal. Lo verán más claramente de lo que podrían verlo por razón y fe, y más ampliamente de lo que todas Sus obras y dispensaciones lo habían revelado hasta ahora. Pero sus mentes no estarán tan ampliadas como para ser capaces de contemplar a la vez, o en detalle, toda la excelencia de Su naturaleza. Para comprender la perfección infinita, deben volverse infinitos ellos mismos. Incluso en el cielo, su conocimiento será parcial, pero al mismo tiempo su felicidad será completa, porque su conocimiento será perfecto en el siguiente sentido: que será adecuado a la capacidad de la persona, aunque no alcanzará la plenitud del objeto conocido. Creemos que este conocimiento progresivo y que a medida que los puntos de vista de ellos se expandan, la bendición de ellos aumentará. Pero nunca alcanzará un límite más allá del cual no haya nada que descubrir, y cuando hayan pasado siglos, Él seguirá siendo el Dios incomprensible (John Dick, 1840).

En segundo lugar, de una revisión de las perfecciones de Dios, parece que Él es un Ser *completamente suficiente*. Él es todo suficiente en sí mismo y para sí mismo. Como el primero de los seres, no podía recibir nada de otro, ni estar limitado por el poder de otro. Siendo infinito, posee toda la perfección posible. Cuando el Dios

Trino existía solo, Él era todo para Sí mismo. Su comprensión, Su amor, Su energía encontraron un objeto adecuado en sí mismo. Si hubiera necesitado algo externo, no habría sido *independiente* y, por lo tanto, no habría sido Dios. “todo fue creado por medio de él y *para él*” (Col 1:16), sin embargo, no fue para suplir una falta, sino para poder comunicar la vida y la felicidad a los ángeles y los hombres, y exponerlos a la contemplación de Su gloria. Es cierto que Él exige la lealtad y los servicios de Sus criaturas inteligentes, sin embargo, *Él* no obtiene ningún beneficio por sus servicios; todo el beneficio es para Sus criaturas (Job 22:2-3). Él hace uso de medios e instrumentos para lograr Sus fines, pero no por una deficiencia de poder, sino a menudo para mostrar de manera más sorprendente Su poder a través de la debilidad de los instrumentos.

Su tierna misericordia es mejor que la vida

La suficiencia de Dios lo hace ser el Objeto Supremo que siempre se debe buscar. La verdadera felicidad consiste solo en el disfrute de Dios. Su favor es vida, y Su tierna misericordia es mejor que la vida misma. “Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré” (Lm 3:24). Su amor, Su gracia y Su gloria son los principales objetos del deseo de los santos y los manantiales de su mayor satisfacción.

“Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro. Tú diste alegría a mi corazón Mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto” (Sal 4:6-7).

Sí, el cristiano, cuando está en su sano juicio, puede decir:

“Aunque la higuera no florezca, Ni en las vides haya frutos, Aunque falte el producto del olivo, Y los labrados no den mantenimiento, Y las ovejas sean quitadas de la majada, Y no haya vacas en los corrales; Con todo, yo me alegraré en Jehová, Y me gozaré en el Dios de mi salvación.”

(Hab 3:17-18).

El Dios de la creación

En tercer lugar, de una revisión de las perfecciones de Dios, nos percatamos que Él es el *Soberano Supremo del universo*. Se ha dicho con razón:

Ningún dominio es tan absoluto como el que se encuentra en la creación entera. Quien no había hecho nada, tenía derecho a hacer todas las cosas según como le placiera. En la ejecución de Su poder incontrolado, ha hecho de algunas partes de la creación una mera materia inanimada, de textura más grosera o más refinada, y se distingue por diferentes cualidades, pero todas inertes e inconscientes. Les ha dado organización a otras partes y las ha hecho susceptibles de crecimiento y expansión, pero aún así, sin vida en el sentido apropiado del término. A otros les ha dado no solo organización, sino existencia consciente, órganos de sentido y poder de automotivación. A esto ha agregado, en el caso del hombre, el don de la razón, y un espíritu inmortal, mediante lo cual se une a un orden superior de seres que se ubican en las regiones superiores.

Sobre el mundo que ha creado, balancea el cetro de la omnipotencia. “Alabé y glorifiqué al que vive para siempre; porque su señorío es eterno, y su reino por todas las edades. Y todos los moradores de la tierra son estimados como nada; y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra; no hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿Qué haces?”, Dn 4:34-35; (John Dick).

Una criatura, considerada como criatura que es, no tiene derechos. No puede exigirle nada a su Hacedor; y de cualquier manera que sea tratada, no tiene derecho a quejarse. Sin embargo, al pensar en el dominio absoluto de Dios sobre todos, nunca debemos perder de vista Sus perfecciones morales. Dios es justo y bueno, y siempre hace lo correcto. Sin embargo, ejerce Su justa y suprema soberanía según como le plazca. Él asigna a cada criatura su lugar según como bien le plazca delante de Sus propios ojos. Ordena las variadas circunstancias de cada uno según Sus propios consejos. Moldea cada recipiente de acuerdo con su propia determinación sin influencia. Él tiene misericordia de quién quiere y a quién quiere endurece. Dondequiera que estemos, su ojo está sobre nosotros. Quienquiera que seamos, nuestra vida y todo está a su disposición. Para el cristiano, es un tierno padre; para el pecador rebelde, Él seguirá siendo: fuego consumidor. “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (1Ti 1:17)